

4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Primer premio:

Viejos

Por Juan Etchegoyen

Lucía se acercó a la mesa donde estaba sentado su esposo y le dijo:

-Acá tenés un poco de sopa, viejo.

-Vení, vieja, sentate a comer, después estás que te duelen las piernas.

-Empezá a comer que ya voy.

-Sabés que no empiezo si no están todos sentados a la mesa

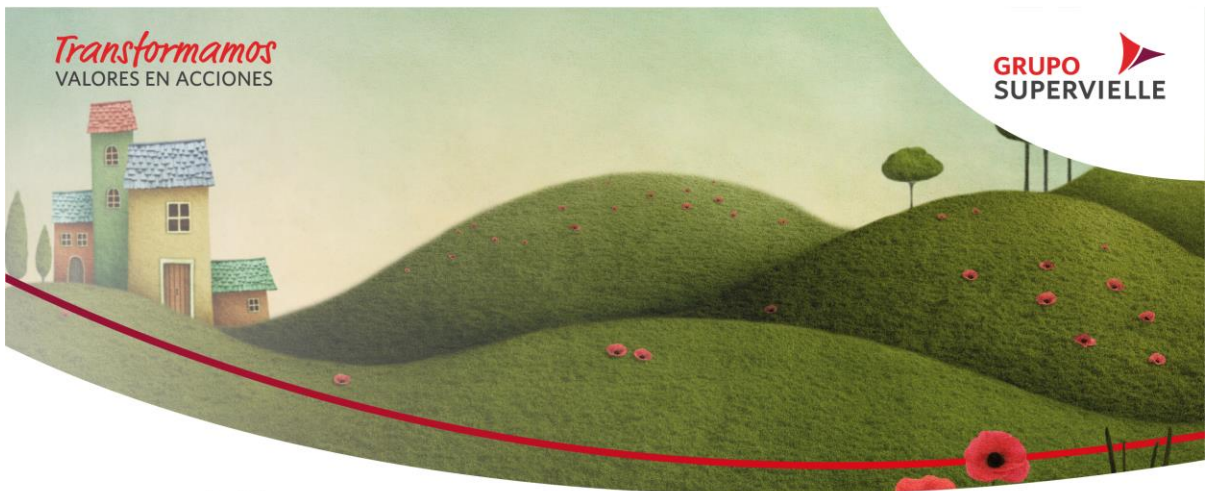
-Y "todos" soy yo sola, isi no hay nadie más!

-¿Hoy tampoco llamó la nena?

-La extrañas.

Luis no respondió.

-Sabés que está muy ocupada desde que se separó, trabaja todo el día y a veces se le pasa.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Luis sabía que era mentira, ella no le hablaba ni venía a la casa desde el día en que habían discutido. Cuando vino a contarles que se separaba, él había empezado con su discurso en contra de Roberto y de su matrimonio con él. En la vorágine de la discusión le dijo: "Vos hiciste la cagada, ahora arreglate sola". Luego se arrepintió, pero no lo admitió.

-Podría traernos a Pablito, en vez de dejarlo con una extraña para que lo cuide.

-Sabés cómo es ella.

-¡Una cabeza dura!

-Y bueno, vos le hiciste la vida imposible desde el día que empezó a salir con Roberto. Fuiste injusto, el muchacho no es malo.

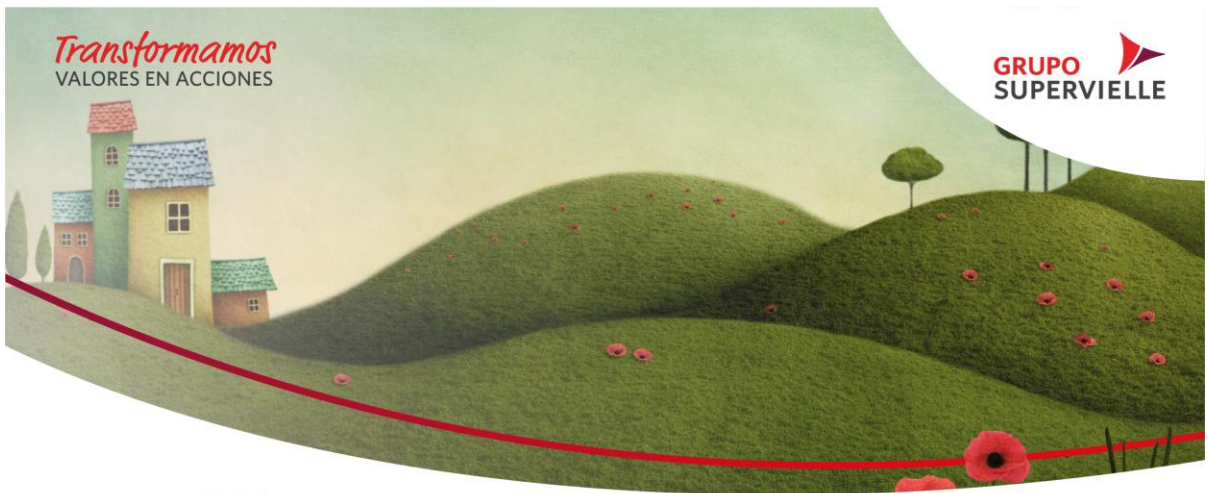
Luis resopló, no dijo nada, hacía más de cuarenta años que vivían juntos y sabía cuándo era inútil discutir con su mujer. Mientras esperaba que su esposa se sentara a la mesa, cortó el pan en pedacitos chiquitos y lo fue echando dentro de la sopa.

-Además, vos también sos un cabeza dura. Me acuerdo bien de cuando nos conocimos.

-¿Otra vez vas a empezar con lo mismo?

El sabía que su mujer tenía razón. Se habían conocido en el trabajo. Luis, recién llegado desde Salta, había entrado en la Shell de Dock Sud, donde almacenaban el combustible que después exportaban en los barcos cisternas. Lucía trabajaba en el comedor donde almorzaban los obreros.

Cuando la vio por primera vez, tan alta y elegante, quedó encandilado. Le parecía tan lejana que para saber de ella preguntó a sus compañeros. Así supo su nombre, que vivía en Wilde, que los padres habían fallecido y ella había quedado al cuidado de la hermana mayor.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

-Este puré está frío -le dijo Luis el primer día que fue a comer. Quería provocarla, no conocía otra forma de llamar su atención.

-Usted está equivocado, recién lo saqué de la cocina.

-Está frío -repitió y como para convencerla tomó con el tenedor una porción grande que se metió en la boca. El puré le quemó la lengua, pero como no quería dar el brazo a torcer, trató de aguantar el dolor lo más que pudo, pero terminó escupiendo la comida .

-Me mordí la lengua. - dijo tratando de rescatar algo de dignidad frente a ella.

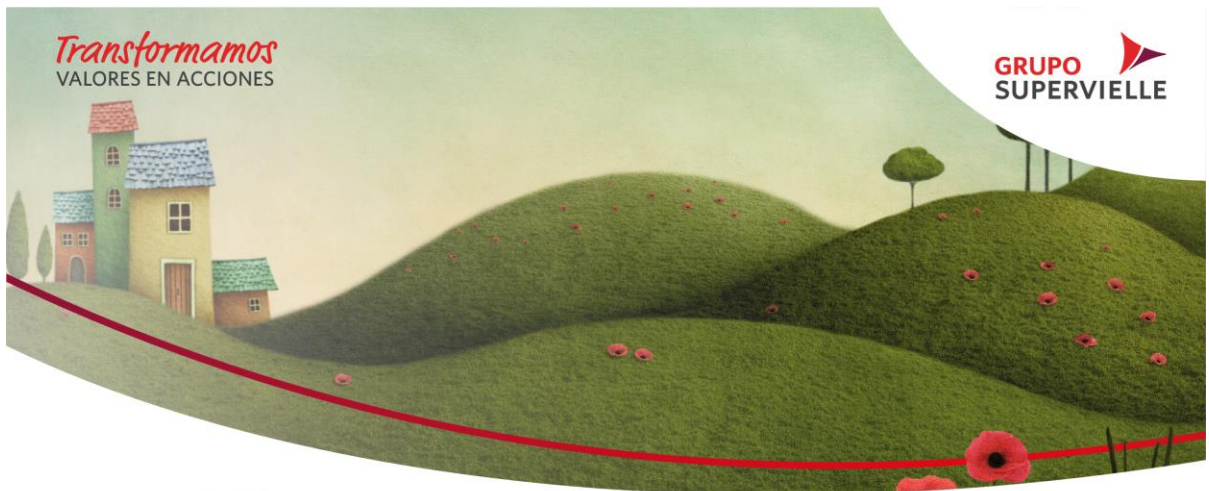
Desde ese día y mientras trabajaron juntos, ella le sirvió la comida fría y él nunca se animó a decir nada.

-Terminá con esa sopa, que ya están las milanesas.

-Podría llamar por teléfono -insistió él.

-¿Por qué no llamás vos? -dijo Lucía mientras se sentaba a la mesa. Luis le sirvió un poco de vino y apoyó su mano sobre la de ella. La miró fijo y se dio cuenta de cuánto la quería, no hubiera sido nada sin la fortaleza de esa mujer. El tesón de su esposa fue lo que lo sostuvo en aquella huelga que había durado más de cuatro meses. Comieron de las verduras de una quinta que ella mantenía en el fondo de la casa. También se encargó de pedir fiado en los almacenes del barrio, a él le daba mucha vergüenza. Fueron los meses más duros que les tocó pasar, tenían poco tiempo de casados, Luis pensó que los problemas acabarían con su matrimonio, pero ella era una verdadera mujer de hierro.

Perdió el trabajo y ella siempre allí, era la época en que hacía el amor más desesperadamente, se aferraba con fuerza a su mujer. Trataba de robarle a la muerte la vida.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Después nació su hija, le pusieron de nombre Helena, por Helena de Troya un capricho de Luis. Fue la primera vez en su vida que lloró de alegría. No había llorado ni el día que recupero el trabajo gracias a sus compañeros, ni cuando pudo comprarse su primer auto, que aunque era un poco viejo, les iba a servir. Sólo la cara de sorpresa de su mujer había valido la pena.

La hija fue el premio mayor que les había tocado.

-¿Vos te creés que ella no te extraña? -la voz de Lucía sonó apagada.

-iSe nota! -gruñó Luis.

-iCon vos es imposible hablar!

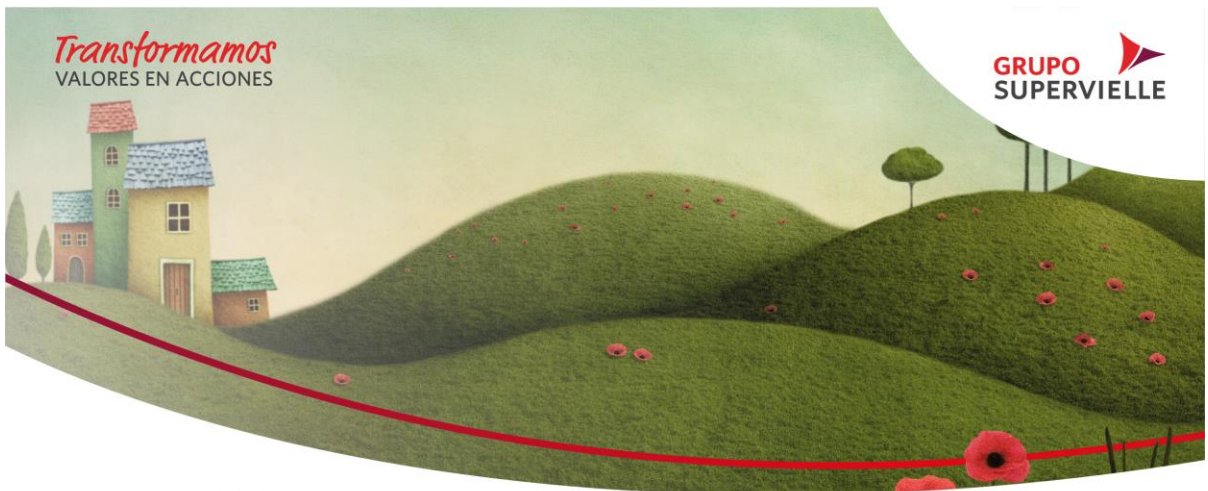
Los pensamientos de Luis hacía rato giraban alrededor de su hija y del nieto al que no veía, desde que Helena se había separado. Tenía un peso en el alma, no quería que le pasara lo mismo que con su familia, había salido huyendo de su provincia y jamás regresó. Nunca pudo superar la muerte de su madre, de la que se había enterado por teléfono, nunca tuvo el coraje de volver y mirar de frente sus hermanos, a su padre. Ahora le estaba pasando con su hija.

Helena llamaba para hablar con la madre. Si atendía él, ella cortaba sin decir nada. A Luis esto le daba mucha bronca y, al mismo tiempo, lo hacía sentir acongojado.

Cenaron en silencio.

-Me voy a dormir, los platos los lavo mañana -dijo Lucía en voz baja mientras levantaba la mesa.

Luis asintió con la cabeza y se quedó sentado a la mesa haciendo miguitas con lo que quedaba del pan. Se levantó y prendió la radio que había sobre la heladera, la dejó en la emisora que escuchaba su esposa todo el día. Se puso a lavar los platos



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

mecánicamente. La voz de los locutores era como una letanía. Mientras enjuagaba y colocaba los cubiertos sobre la mesada, reconoció que el enojo de su hija era justificado, que era por su culpa. Ya no quería ver más a su mujer vagando por la casa con esa mirada que le apretaba el corazón. Era viejo y quería demostrarse que había aprendido algo.

Luis estaba durmiendo boca abajo cuando se despertó en medio de la noche, como le pasaba desde hacía un tiempo. Se empecinaba en acostarse por la madrugada, para ver si podía dormir hasta tarde al otro día y no pensar, pero se desvelaba. Ese fue el primer indicio de que sentía culpa, el otro eran los dolores en sus articulaciones. No podía obligar a su mujer a separarse de su hija, además él ya no podía disimular más cuánto la extrañaba. Se levantó para ir al baño tratando de no despertar a Lucía. Mientras alzaba la tapa y apoyaba la mano contra la pared esperando orinar, algo que cada vez le llevaba más tiempo, se decidió. Se lavó las manos y fue hasta el comedor. No quería que su mujer lo escuchara hablar por teléfono.

Su hija tardó en atender y recién cuando lo hizo, Luis tuvo noción de la hora.

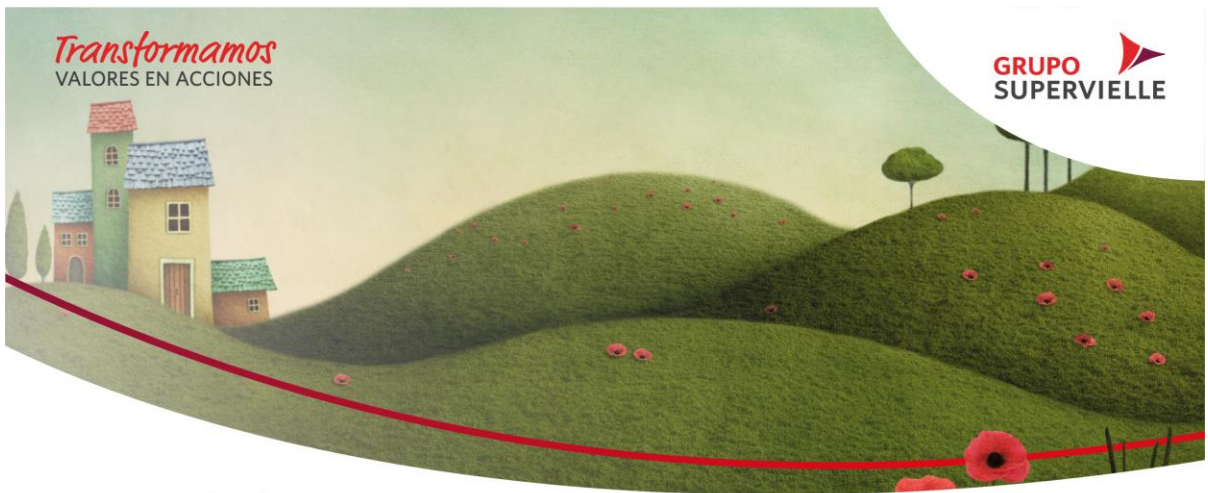
Del otro lado la voz de Helena sonó cansada.

-¡Hola!

Guardó silencio, estos últimos días Luis se había tomado una costumbre, cuando su esposa no andaba cerca aprovechaba para llamar a Helena, escuchaba su voz y luego cortaba. Pero hoy era muy tarde, se dio cuenta de que si esta vez no hablaba, sería tarde para todo.

-¿Helena? -preguntó sabiendo que no podía ser nadie más.

-¡Hola! -dijo ella angustiada al reconocer la voz de su padre -¿Le pasó algo a mamá?



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

-No.

-¿Qué pasa papá?! ¡A esta hora llámame para hacer recriminaciones! ¡Mañana tengo que ir a trabajar!

-No -dijo y guardó silencio un momento.

-¡Hola! -la voz de Helena sonaba molesta.

-Me gustaría que vinieras a comer a casa mañana.

Ahora el silencio surgió del auricular.

-¿Estás seguro?

-Sí -Nunca había estado más seguro. Ya había dado el primer paso, lo demás era más fácil.

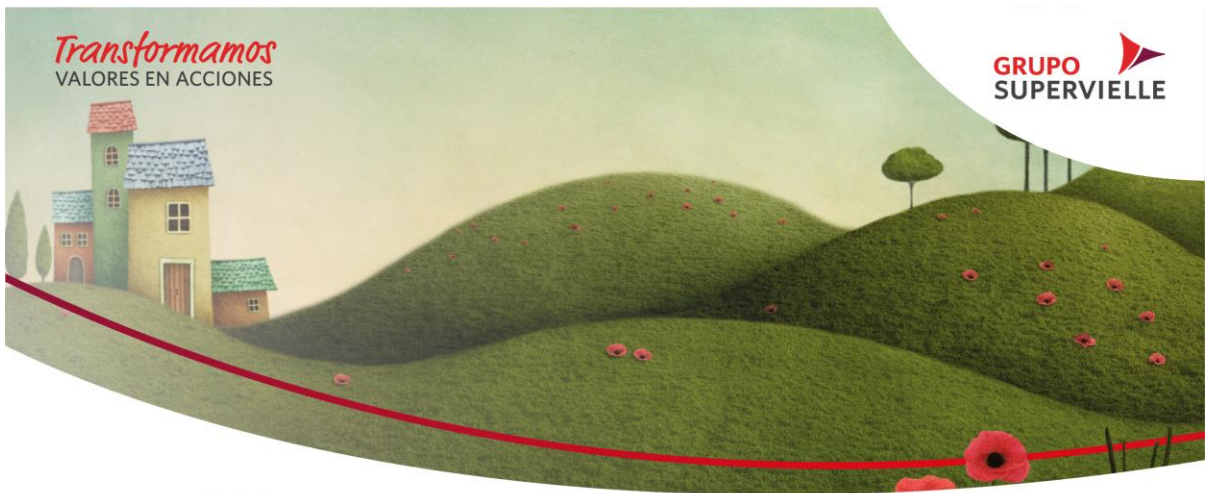
-Hasta mañana -la voz de ella sonó quebrada.

Escuchó el click del auricular al ser colgado. Volvió a la cama y se acostó despacio para no molestar a su mujer.

Ella se había acostado temprano, no podía dormir, sintió levantarse a su marido pero no dijo nada. En el silencio de la noche lo había escuchado hablar por teléfono, y se le dibujó una sonrisa. Cuando él volvió a la cama siguió haciéndose la dormida.

La mano de Luis recorrió el cuerpo delgado y huesudo de su mujer y se detuvo en esa pierna flaca que le servía como un pasamanos a la realidad. Ella abrió los ojos y lo besó en la mejilla. Luis no respondió se quedó mirando la oscuridad, pensando.

-Viejo.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

-¿Qué?

-Gracias.

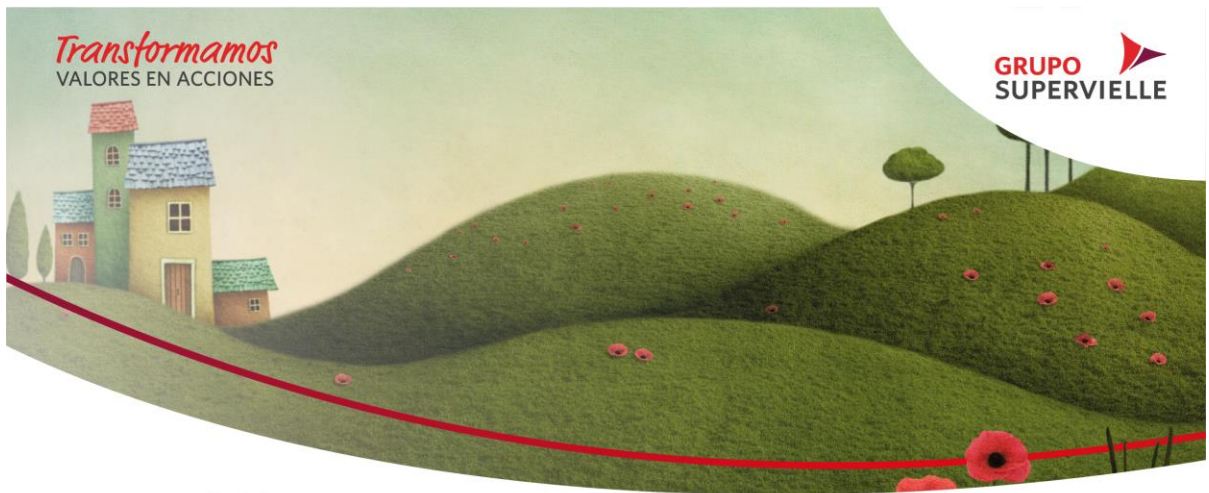
-¿Por?

-Nada, simplemente que cada día que pasa le agradezco a Dios que sea a tu lado.

-No te vas a poner dramática ¿no?

Luis recorrió las piernas suavemente, le gustaba sentirla así cerca, le daba seguridad. Se puso de costado y la abrazó con fuerza. Lucía lo besó en la boca, se acostó boca arriba y lo atrajo. Nunca habían perdido el deseo.

Luis se subió sobre ella que lo recibió con los ojos cerrados.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

2do. premio:

La Nariz

Por Héctor Roque Decon

El miedo y la angustia me llevaron a ordenarlos así.

Primero, el Semillón de La Arboleda, del Mati: Sabía que si no encontraba aromas, no indicaba nada. Era plano y tranquilo como buen Semillón.

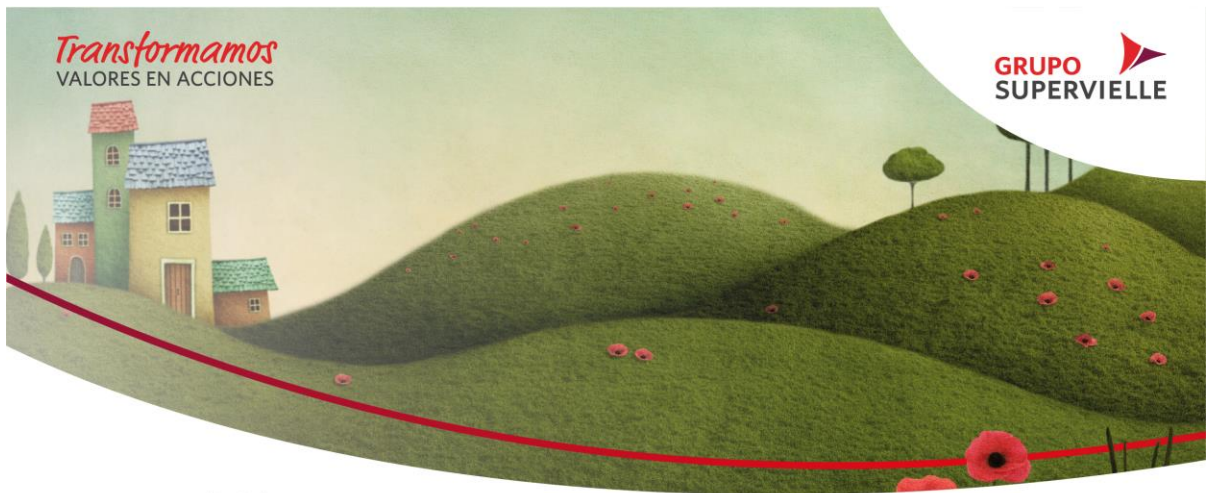
Después me la jugué un poco. Con el Cabernet Franc del Manu. Hacía mucho que no lo probaba pero me acordaba que el morrón y el eucalipto eran fuertes. Te atacaban. Era de una viñita vieja de El Peral. Del "Cadillo" creo.

Y para el final he dejado este Malvasia del German. Si no logro percibir algo en éste, estoy liquidada. De hecho, ya estoy liquidada. No he logrado detectar ninguna emanación en los anteriores. Nada. Cero.

El miedo y la angustia del comienzo se han multiplicado y me agarran del cuello. Estoy temblando. Mi cabeza repicando: Si no has sentido ni el más mínimo olor desde que saliste del hospital ¿porque sería distinto aquí?.

Y si, es verdad, es lógico, pero tenía esa esperanza ardorosa de que fuera diferente en la bodega, en ésta bodega. Por la costumbre, por el ambiente, por la pertenencia, porque era donde disfrutaba, por lo que fuere. Pero no. Nada. Cero.

Y ahora la cornisa me llama a asomarme. Y me asomo. Sin tomar la copa me inclino y me sumerjo en el Malvasia hasta que siento el frio cortante del cristal contra la cara. Aspiro con el alma. Nada. Cero. El terror y la furia me ayudan a agitar la copa. Se derrama la mitad del líquido. No me importa. Me lanzo de nuevo. Aspiro con el alma. Nada. Cero.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

El zangoloteo repentino de mis brazos y piernas se armonizan con un grito prolongado, con copas y botellas volando, saltando, golpeando contra paredes y piso, con el sollozo que acalla el aullido.

El último cristal roto se detiene sobre una mancha rojinegra que se esparce, hasta encontrarse con un perezoso Malvasia que apenas se arrastra. Y el silencio. Y otro sollozo. Y el silencio. Y más sollozos mientras levanto la vista.

El Tupungato me mira limpio, nevado, tranquilo, eterno. Me quedo mirando como el sol de la mañana convierte el blanco nívico de la cordillera en plata. Brilla.

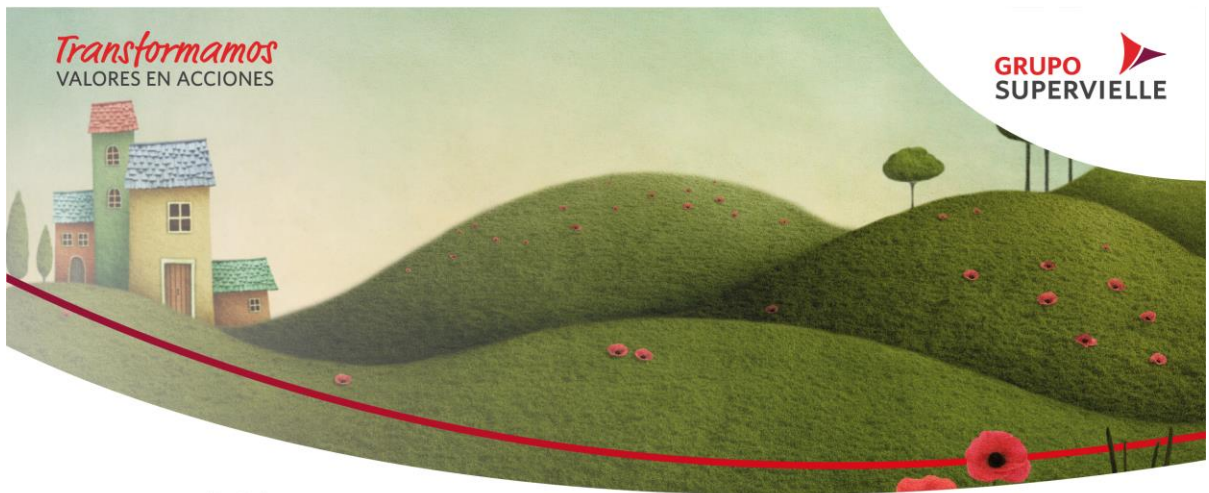
El Tupungato me sigue mirando. Una pequeña nube blanquecina lo cubre. "Pareciera que tuviera una boina que le va chica", me digo. Una boina como la que usabas, Pablo. La que le compré a tu tocayo que vende artesanías en la calle La Vencedora. Te la regalé para tu cumple y desde entonces siempre la usaste todos los inviernos. Con el calor no, con el calor usabas chupalla. "Es más fresca" decías.

La botella con Semillón no se ha roto. Acostada en el piso todavía tiene vino. La levanto, huelo, bebo. Nada. Cero. Sólo siento el frío del líquido en mis labios, en la boca. Y nada más. Cero olfato. Cero gusto.

Todo lo perdí. Todo lo perdí Pablo. Todo lo perdimos Pablo. ¿Por qué?.

Me acuerdo cuando te conocí. Edificabas una pequeña bodega en tu finquita. En Gualtallary. Era un galponcito sin muchas pretensiones, pero en él habías hecho un vino con el Juampi y querías darlo a conocer entre unos pocos. Invitaste el asado y el Juampi organizó una cata a ciegas como suelen hacer ellos para divertirse. Él fue quien me invitó.

¡Estabas tan orgulloso! Y con razón. Hiciste un vergel del pedregal que a tu viejo no le interesaba por improductivo. Espalderos, riego por goteo, protección para el granizo, casa, bodeguita. Tus viejos vecinos te miraban con admiración. Lo hiciste todo a pulmón. Vos solo.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Si claro. Hay fincas más grandes en Gualtallary. Y más lindas también. Pero son de grandes inversores, de bodegas internacionales. Lo tuyo era con tu propio esfuerzo, con pasión, con ganas. Eso me gustó de vos.

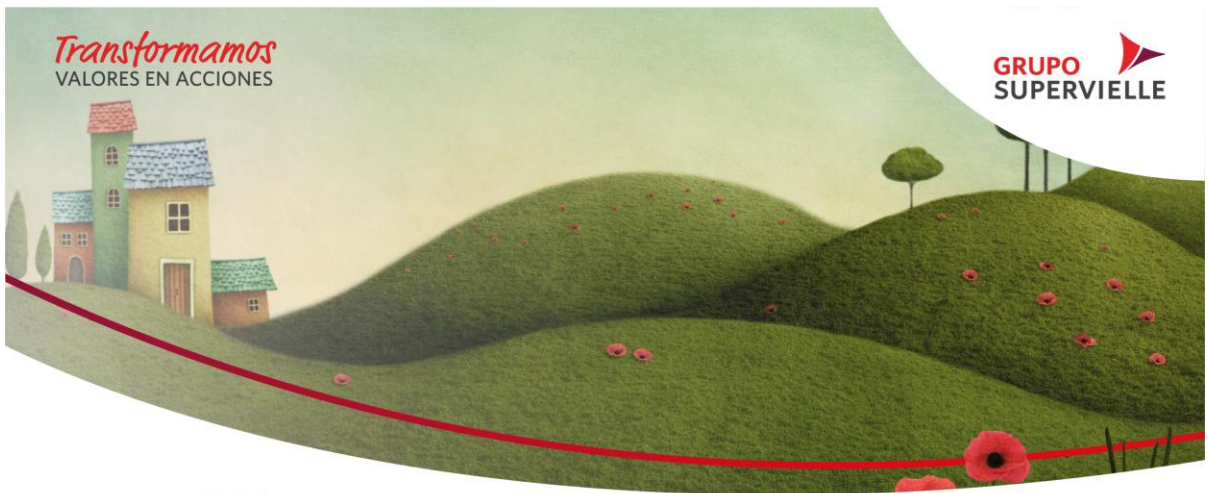
A mí por el contrario, siempre todo me resultó fácil. Hija de una madre platuda y de un enólogo reconocido. Con todas las comodidades de Chacras de Coria, los mejores colegios, universidades privadas, viajes, experiencias enoturísticas por todo el mundo y sobre todo, un enorme talento para detectar hasta los más mínimos olores. Natural, no me hacía falta entrenar. Ningún aroma se me escapaba. Los buenos, los malos, los fuertes, los sutiles. Todo fácil, sin esfuerzo, sin contratiempos, fluyendo. Me hice famosa. Me llamaban "LA NARIZ". Así a secas. Era suficiente para denotar que era la mejor.

Detectaba los olores más sutiles Pablo. Como el que despediste el día en que nos conocimos. Creo que nadie más que yo lo registró.

Juampi, siempre tan amable, nos presentó.

- Pablo, el dueño de casa.
- Paz, "LA NARIZ". Te conté de ella.
- Mucho gusto
- Que tal, mucho gusto

Nos acercamos, un beso en cada mejilla y explotaste. Mi nariz se inundó del aroma a la sangre galopando, al aliento ardiente, a feromonas, Pablo. Fue mutuo, pero nunca supe si pudiste oler aquel momento en todo su esplendor. Yo sí, y todavía lo recuerdo. Mi cuerpo entero lo recuerda. Recuerdo también tus ojos admirados cuando en la cata dictaminé: "Este es un Petit Verdot joven y debe ser el de Pablo". Y tu desazón cuando por guacha agregué: "Está bastante bien pero le falta algo de acidez". Le faltaba pero no hacía falta decirlo. Pero tus ojitos de "cordero degollao" (como decía mi abuela) me pudieron y corrí a darte un abrazo y felicitarte. Y otra vez te olí Pablo. Olí todo Gualtallary en vos. La piedra, la arena, el agua, la jarilla, el chañar, el coirón, el tomillo,



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

todo. Todo Gualtallary en vos Pablo. Te olí como a un vino, y como en un vino supe como estabas hecho. Y me gustó. Y me enamoré. Y nos enamoramos.

“PAZ DE PABLO” le pusiste a la finquita por nombre cuando me fui a vivir con vos.

“¿En ese arenal te vas a ir a meter?”, se defraudaba mi vieja.

“¿Y tu futuro en el vino flaca?”, se preocupaba mi hermana.

“Cuidado cuando te quedes sola”, protegía mi viejo.

Pero nada me importaba, nada nos importaba.

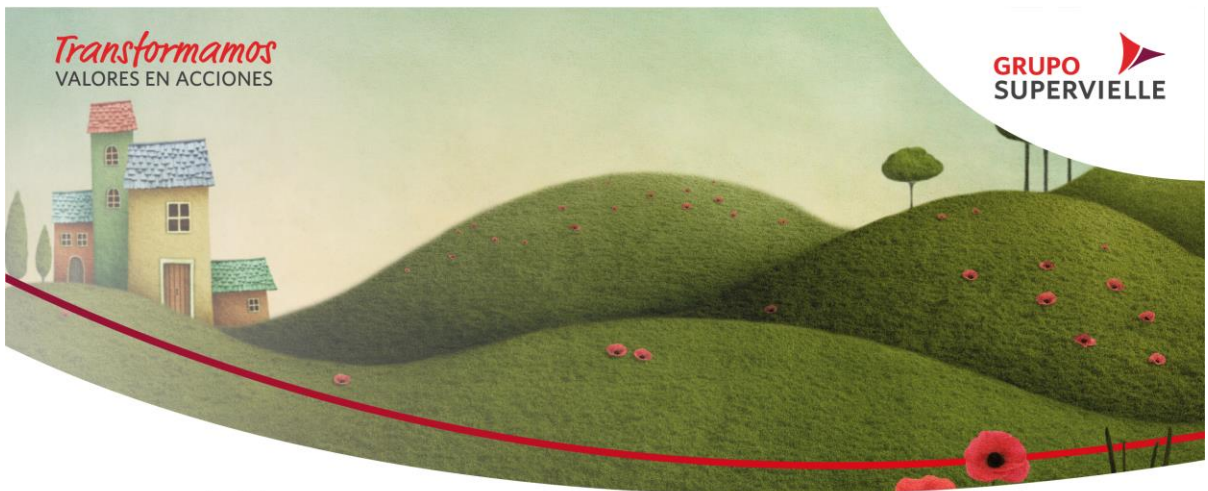
Disfrutaba tanto Pablo. Empecé a entender mejor tu liturgia con la viña. Sentía como te ibas mimetizando con las plantas, con el agua, con el clima.

Como cuando te acompañaba a podar en mañanas heladas y podía percibir como en el afán de calentarte, tu tijera cortaba sarmientos y frío por igual. Procuraba abrigarte con mis abrazos, besos, mimos. Y algunos amargos calientes con “raspaditas”.

Me dolían tus manos heladas cuando atabas las plantitas con la totora húmeda, como te enseñó tu viejo. Y agradecía con vos cuando el solcito crecía en el cielo entibiándonos. El mismo sol que en Enero te calcinaba el cerebro debajo de la chupalla. Entonces agradecíamos a alguna nube. Siempre y cuando no fuera amenaza de granizo. Vos sabías cuáles nubes eran las “buenas” y cuáles de las otras. Nunca supe como las distinguías.

Poco a poco me fui metiendo en los ciclos naturales Pablo. Captaba como la vida gira en un eterno diagrama de esplendor y ocaso. Bellos ambos. Muy bellos. Muy distintos. Muy disfrutables.

Hasta el viento Zonda empecé a disfrutar. Desde aquel día de viento horrible en que me invitaste a probar unos vinos al sótano. ¿Lo hiciste para ver si me calmaba un poco, no?. Allí, rodeados de conservas, frascos con salsa y cuelgas de chorizos, salames, bondiolas y jamones nos olvidamos del Zonda, del calor y del mundo. Vos abrías un vino, lo probábamos y me dabas a elegir con que acompañarlo. Todo con pan casero de don Elio. Nos disfrutábamos maridando. Y cuando no pudimos comer y beber más, y la charla decaía, subiste a ver si seguía el viento. Pero inmediatamente bajaste con unas



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

mantas para descansar el alcohol sobre el piso frío. Terminamos amándonos salvajemente antes de dormirnos revueltos en un abrazo. Nunca supe si el viento se había detenido y nunca me importó.

También corría muy fuerte el Zonda aquel día en que te empeñaste en parar los cabeceros que habían traído el día anterior. “Después del Zonda viene agua o nieve, Paz”, me decías cuando te rezongaba por trabajar con ese clima horrible. “Los palos tienen que estar parados para que no se pudran”, te justificabas.

Y entonces pasó. Una ráfaga fuertísima, oscura, de arena, hojas, cardos rusos y mugre. Todo arrastraba aquel día el viento. Y a vos también te llevó con el cabecero que tenías sobre el hombro. Caíste y tus ojos llenos de viento sucio no vieron el palo que rebotaba en el piso y caía sobre tu pierna. Creo que la desesperación y la angustia me dieron las fuerzas para soliviar el cabecero mientras te arrastrabas gimiendo hasta liberarte. No pudiste ponerte en pie.

El viento se llevaba tus gemidos y mis gritos de pánico al ver cómo te salía el hueso de la carne machucada y sanguinolenta.

Mas lúcido que yo sacaste tu móvil con intención de llamar a alguien, solo para descubrir que no había señal. El Zonda también se había encargado de eso.

“La camioneta Paz, traé la camioneta”, gemiste.

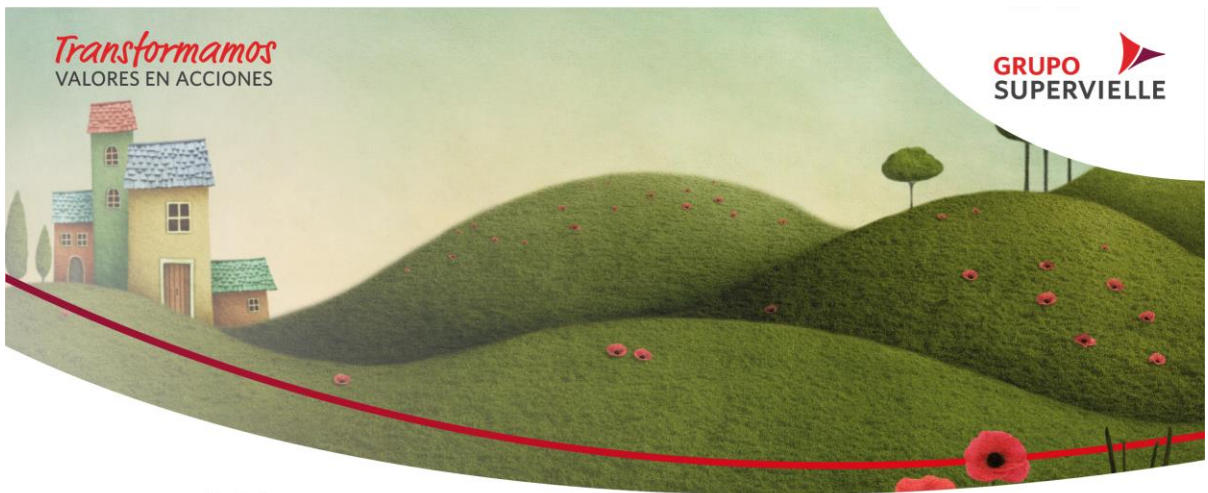
Si claro, la camioneta. Tu pedido me sacó al fin de la inmovilidad y corrí en busca del vehículo.

Todavía no sé cómo te subiste.

“Vamos al hospital Paz, no doy más”, suspiraste con un hilo de voz.

Te desmayaste y yo más me desesperé. Manejé como loca, enajenada, llorando y gritando tu nombre. Me olvidé del peligro de manejar con Zonda, me olvidé de los serruchos del camino, me olvidé que la camioneta vacía tiene poco agarre al suelo.

Me olvidé de todo Pablo y la curva no me lo perdonó. ¿Por qué no me lo perdonó?. Dimos mil volteretas entre el ruido a lata, mis gritos, el polvo, el viento. Interminable. Opresivo.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Y entre todo eso hubo un instante. Un momento. Preciso, Único. Estabas sobre mí. Inerme. Y entonces sentí el olor. Penetrante, invasivo. Inolvidable. Era el mismo olor que siempre detectaba al final en un vino malogrado. Invariablemente pensaba que así debía oler la muerte.

Lo primero que ví de nuevo fue a mamá llorosa en la clínica. Me miró un instante y gimiendo salió de la habitación. Papá pálido y puchereando se acercó, me besó en la frente y me estrujó la mano.

Olía diferente. No olía. Pero yo solo quería saber de vos.

-¿Y Pablo?

Papá dudó. Buscó las palabras. Me confirmó lo que intuía.

"El vuelco fue muy fuerte Paz. No tenía puesto el cinturón y estaba en shock. No resistió".

Lloré silenciosamente. Un vacío negro me inundó por dentro y por fuera. Mi cabeza se bloqueó y el corazón era solo desazón en mi pecho.

Mamá entró con Sofía y las dos llorando me abrazaron tierna y angustiosamente.

Ninguna olía. Nadie olía. Nada olía.

"Anosmia" me dijo el médico. "Los golpes en la cabeza afectaron tu olfato. Tal vez mejores pero realmente no lo sabemos". Nunca mejoré.

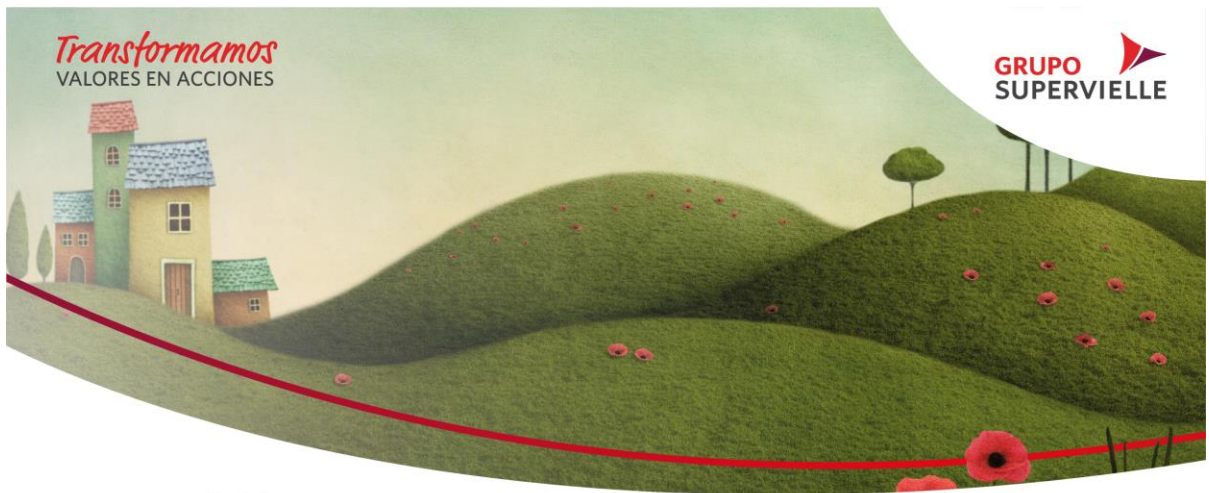
Y así, sin más murió "LA NARIZ".

De repente me quedé sin nada, Pablo. Sin vos, sin mi talento natural mas importante y lo peor, sin ganas de vivir. Todo en un día, en un instante.

Lo intenté. No pude. No logré recuperar aunque sea un poco del olfato. Es trágico, solo siento amargura. Nada huele. Nada sabe. Nada existe.

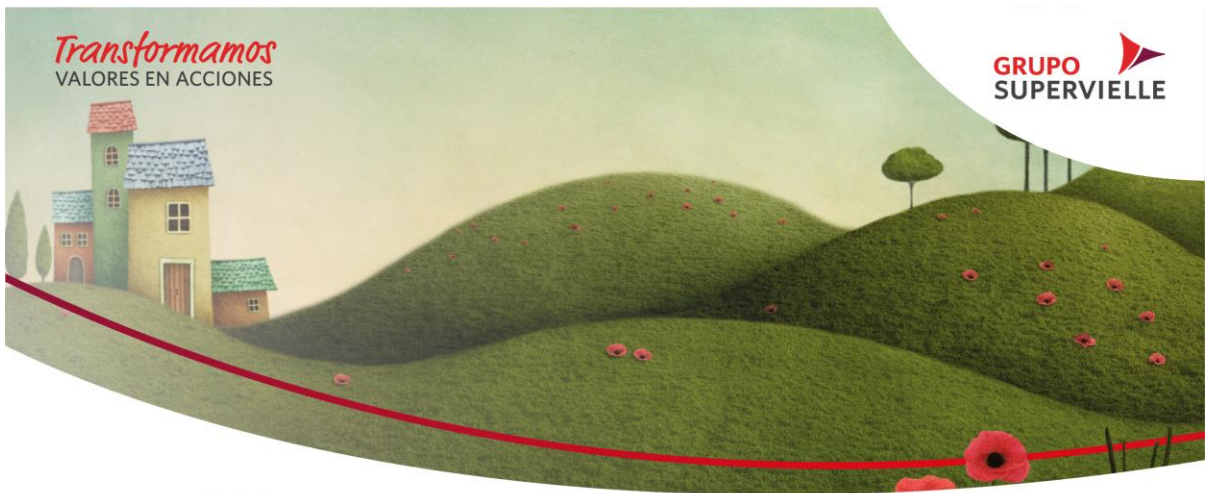
Ésta era mi última prueba. Mi último desafío. Y fallé. Rotundamente.

Por eso ahora estoy sobre esta piletta donde fermenta un Sangiovese. Podría haber sido cualquiera pero ésta está destapada. Bulle a pleno. El aire alrededor debe estar atiborrado de los vapores y vahos. Mi nariz, claro, no percibe nada.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Mi piel sí. Siente el líquido tibio que moja mientras me meto suavemente en la pileta. El miedo y la angustia se volatilizan. Repentinamente estoy tranquila.
Me hundo totalmente. El vino inunda mi nariz.
Voy a verte Pablo. Tal vez pueda olerte nuevamente.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

3er premio

Detrás del muro

Por María Inés Biagi

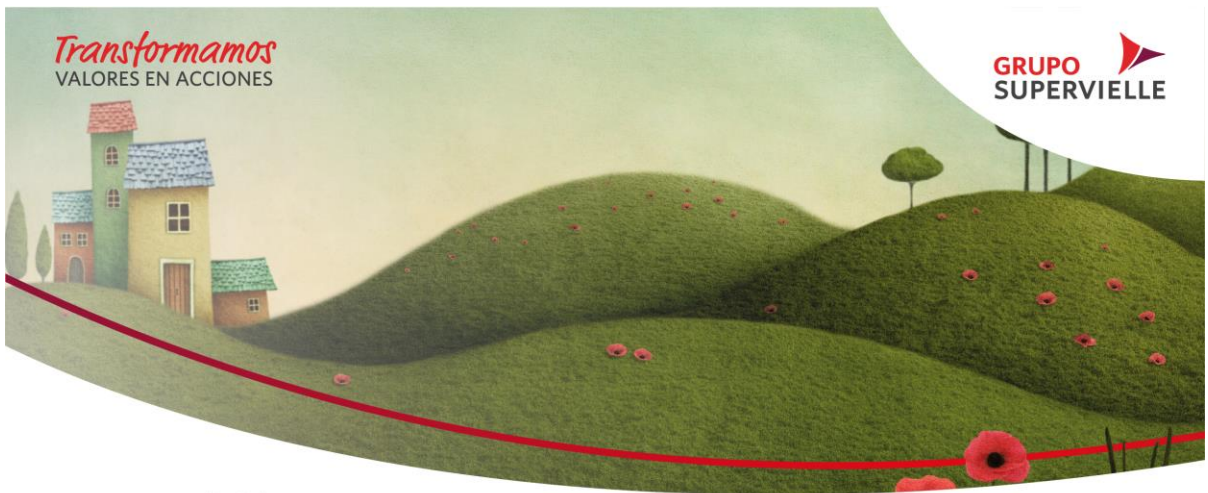
Aquella mañana, ardiente y silenciosa hasta el tedio, Dora Gutierrez se atrevió a preguntar si podía trepar el muro.

-¿Cómo?!- el patrón frunció las cejas y la ira le encendió las mejillas, largó la botella a un lado y se arremangó el pantalón hasta la rodilla cómo cuando amagaba a pararse.

-No sé, pongo una escalera -respondió Dora Gutierrez con voz debilucha y temerosa-; en el cuarto del fondo hay una y...

-¡No es con qué, bruta! -gritó el patrón y le levantó una mano que ahí nomás quedó, en el suspenso amenazante, quebrando el aire y la mudez de una siesta amarilla y perezosa. Después volvió a la silla y a la grapa.

Cualquiera hubiera creído que le tuvo lástima, pero el patrón no tenía lástima ni de sí mismo, y así de arisco torció la cara cuando agregó:



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

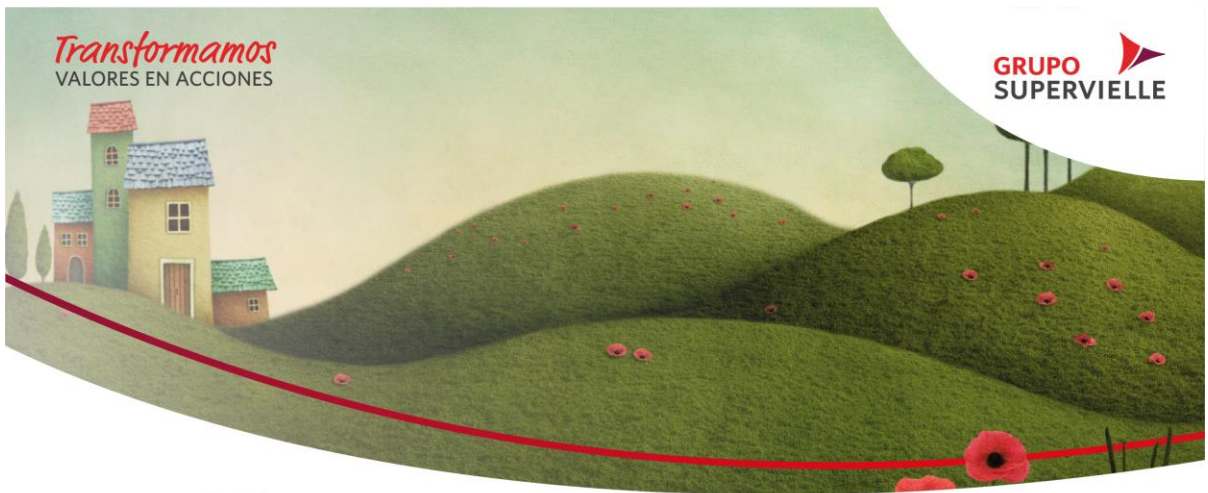
-No es eso lo que quiero que entiendas de una vez por todas, ¡Burra!-e insistió porque le pareció poco -¡Mejor que no entiendas nada, perra asquerosa! -Aquello que se escondía como una ponzoña en la aclaración que le hizo el hombre, ningún ser con la simpleza de Dora Gutierrez lo habría podido descubrir. El instinto de supervivencia solamente le había hecho detectar el bramido del patrón, los insultos y la mano alzada.

-¿Y..., qué es lo que tengo que entender?, explíqueme, don, yo soy medio corta de entendederá, ¿sabe?- .

El humo que despidió la plancha a vapor colisionó con la humareda que soltó el patrón cuando desparramando soberbia le respondió: -Ya sé que naciste sin cerebro, Dora, no me expliques lo obvio.

-¡Ovio..., ovio!- a Dora le gustó cómo sonaba esa palabra y no se la quiso olvidar. -Ovio -repitió -así le voy a decir a él cuando vuelva-, y los ojos le brillaron añorando aquel hombre.

Cuando Ovidio llegaba de visita, a ella, la cara le hervía como una pava, se quedaba muda y corría para adentro para calmar al corazón que se le escapaba por la boca Intentó retener la palabra durante más de una hora que le llevó planchar tres



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

pantalones, una docena de pañuelos que debió almidonar, tres sábanas de lino grueso y casi diez grapas del patrón.

-Ovio, ovio-hasta le había agregado musicalidad para que se le pegara, para que la palabra no saltara el muro y se le escapara como tantas otras cosas.

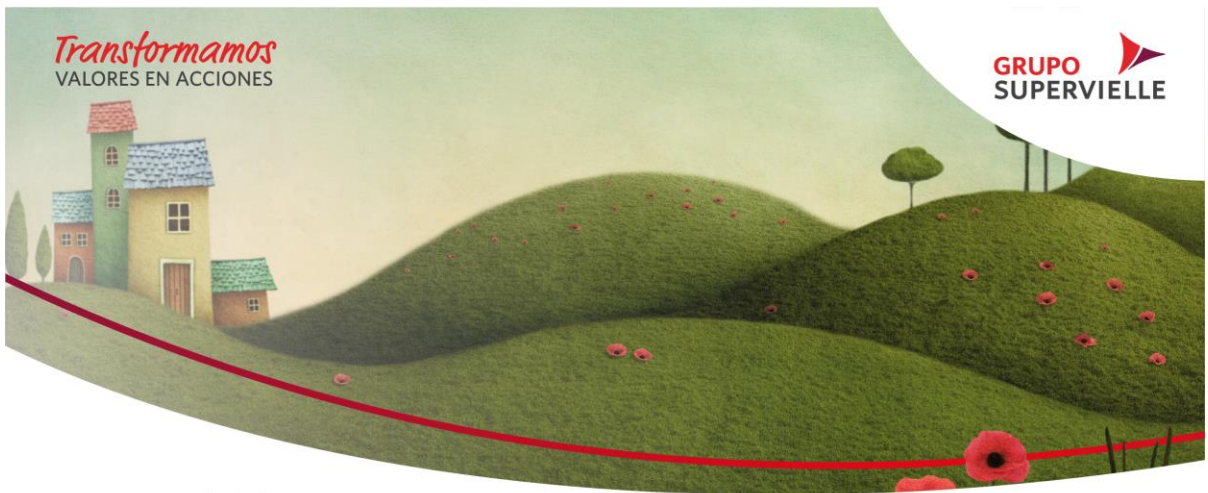
-¡Me querés decir que es lo que estás cantando! -Se le puso atrás. Le desanudó el delantal.

-No canto, patrón, me acuerdo.

-Me gusta que te acordés lo de esta mañana, -dijo él con malicia.

Dora clavó los ojos en el muro, lo vio inalcanzable y se mantuvo inmóvil. Las alpargatas se le clavaron en una baldosa del patio y los ojos en el humo de la plancha que hervía.

-¡Vamos otra vez mujer- y la empujó para la pieza-, no me la hagás difícil! -Dora vio que la pared se le alejaba, y también la tabla, la ropa y la plancha. La imaginó descascarada pero transparente, soñó el paisaje del otro lado e imaginó que era el Ovidio el que la arrastraba. Y clavó el pensamiento en él, y en esa palabra que había incluido en su escaso vocabulario: ovio, porque Ovidio no le salía. La imaginación se le impregnó de un



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

fascinante olor a pájaro, un pájaro de alas blandas y suaves que volaban con la nube; otro olor a ese que ahora sentía, mezcla de grapa, rancio y ajo.

-¡Blandas y suaves son las alas! -dijo sin querer porque se le escapó de los labios cuando el patrón le arrimó despiadado algo duro de su cuerpo, y Dora se guareció en esa nube, la que de vez en cuando se armaba en el trozo de cielo arriba del muro; ahí, justo delante de sus ojos mientras planchaba.

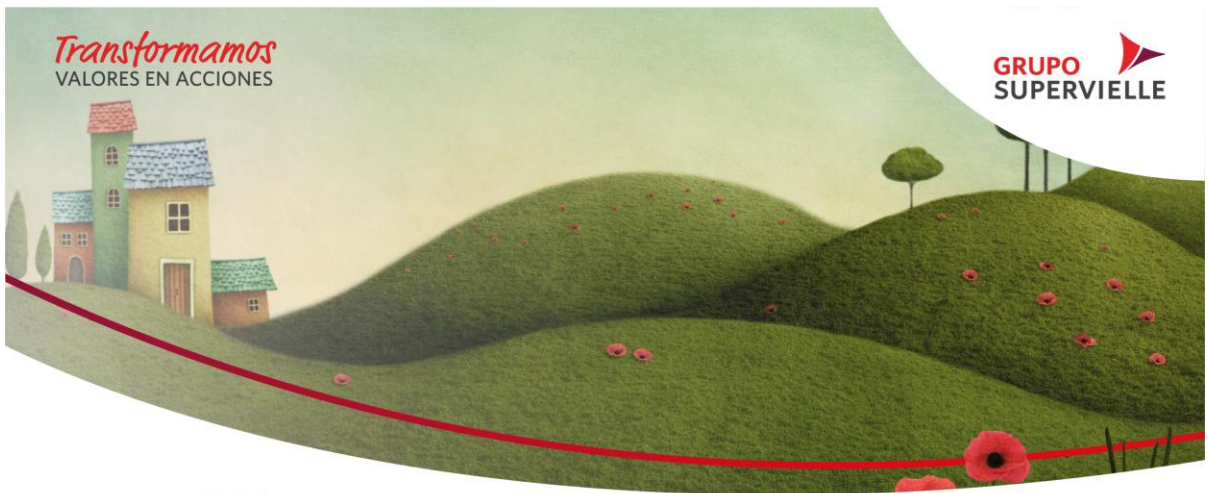
-¿Y vos para qué querés trepar la pared?-Preguntó el patrón una vez que hubo terminado con Dora.

- Para poner una maceta.-Y no dijo el verdadero para qué.

-¡Andá, terminá de planchar y cociname algo que ya tengo hambre! Dejá de pensar pavadas.

Dora Gutierrez se ató el delantal. Recordó haber llorado; pero antes, cuando la vendieron allá en el Chaco paraguayo hacía tres años, ahora ya no se acordaba ni cómo eran las lágrimas.

“Y lleveselá”, le había dicho su madre al patrón cuando éste le dejó un carro destartalado y un caballo muerto de hambre.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Tres meses tardó la nube en pasar por arriba del muro cuando el cielo se encapotó de un gris que no aflojaba, y pasaron dos más hasta que el Ovidio tocara bocina para avisar que llegaba con la chata verde desde donde vivía la nube y el pájaro.

-¡Ovio! ¡Ovio!- Gritó la Dora cuando el silencio se despellejó en más de un bocinazo ronco y perezoso. -Es el Ovio que viene, patrón- y se acomodó el pelo en un rodete.

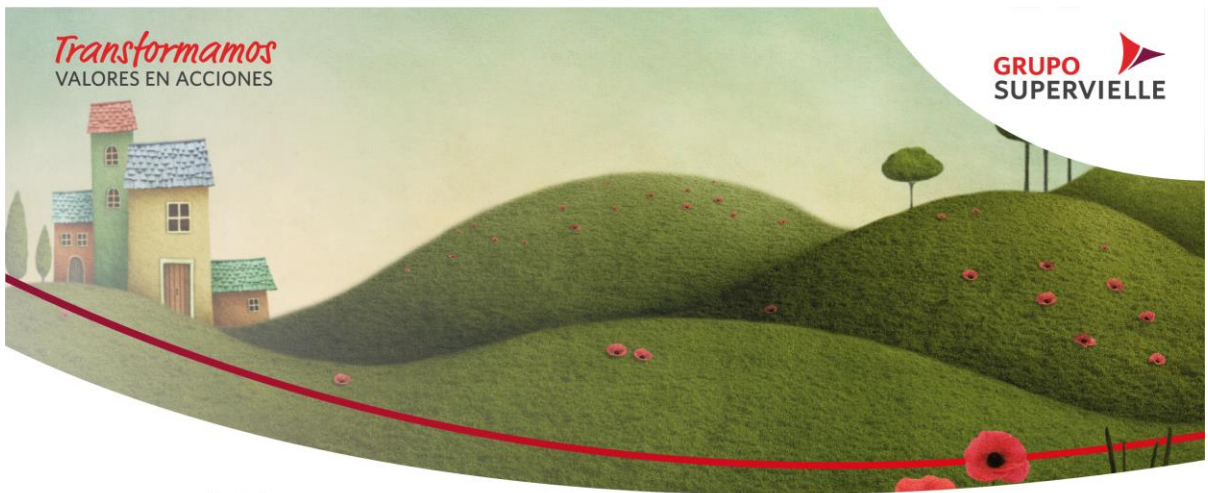
-¿No le andarás coqueteando al Ovidio, vos, no?- y le desató el rodete de un tirón y la arrastró de los pelos hasta la puerta de la cocina. Dora, soltó la que creyó era la última lágrima que le quedaba cuando unos goterones rojos le engrudaron el rodete y el trozo de cuero.

-Cómo el trapo de piso cuando lo estrujo- se conformó Dora y así nomás se ató una trenza para que el patrón no le pegara.

-¡Servile al Ovidio, nomás, Dora!-gritó desde la mesa.

-Ovio, -contestó Dora para sorprender a Ovidio y corrió para adentro.

La discusión terminó a los manotazos entre invitado y patrón. Después, un silencio largo como el muro del patio, y un chiflido que sonó igualito que cuando llamaba al perro,



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

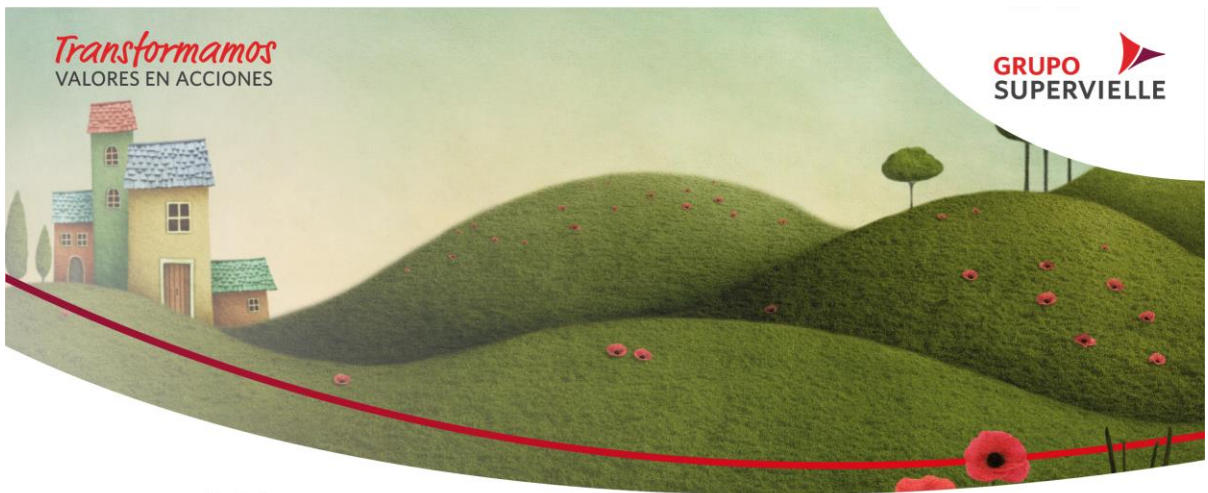
pero Dora enseguida supo que no era a él a quién llamaba. El instinto de supervivencia la había hecho experta en el arte de reconocer los chiflidos del patrón.

-¡Vení acá! ¡No me escuchás, mujer!

Dora sintió algo así como un sudor caliente que se le apoderaba del cuerpo, y los tobillos la abandonaban mientras se acercaba. El Ovidio la miró de arriba a abajo, desde el rodete hasta la hojota; después le clavó la mirada al patrón y asintió con un gesto satisfecho que, a Dora, le pareció dulzón.

- Y lleveselá nomás, ya caerá otra-. El patrón resignado dejó sentado que ya estaba todo pago cuando, de un golpe, enterró el cuchillo justo en el medio de la mesa.

Dora Gutierrez, entendió de pronto, porque tonta no era, que no iba a ser la nube ni el pájaro que la llevaría del otro lado del muro cuando se encontró sentada en la caja oxidada de la chata verde del Ovidio. Descubrió entonces que la nube no era una, que eran muchas en un cielo interminable, y aspiró el olor a pájaro y a pasto y se le escapó una sonrisa cuando acercó la nariz a la luneta para ver al Ovidio más de cerca. Admiró los rulos negros que se le metían en el cuello de la camisa y la piel se le hizo cómo de



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

gallina porque entendió que lo quería; y lo quería porque el Ovidio le había hecho conocer el otro lado del muro.

Toda una noche anduvieron; él manejaba, y ella afuera, tirada panza arriba sobre el metal oxidado de la chata, tiritando de frío, el frío más cálido que hubo sentido, cubierta solamente con una frazada negra interminable salpicada de luces.

-¡Bajate! ¿Qué esperás, que te ponga una alfombra? -Dora despertó del sueño con el bramido del Ovidio y el ladrido de los perros.

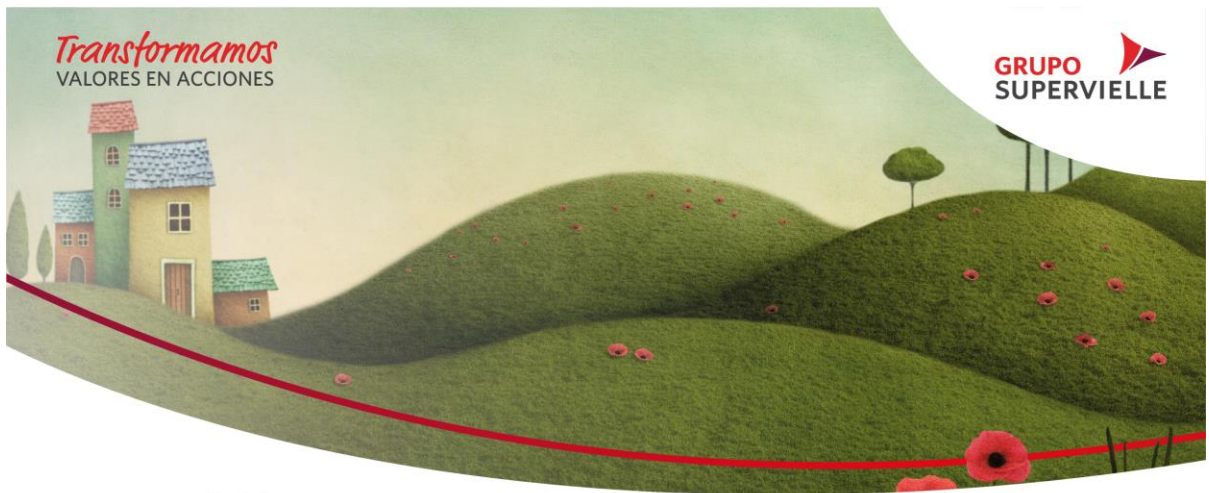
-Allá tenés la cocina, y allá el gallinero, andá, descogotá una gallina y cociname que tengo hambre, -y del empujón le hizo conocer el piso.

Dora Gutiérrez se sentó en un banco a desplumar con la cabeza gacha y sin mirarlo.

-¡Después, ahí tenés la tabla y la plancha!- le gritó el Ovidio tirado largo a largo sobre una reposera.

-¿Adónde, don Ovio?- se atrevió a preguntar Dora Gutiérrez sin sacar los ojos del cogote de la gallina.

-¡Allá, estúpida, al lado del muro!- respondió el patrón.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

Quien se ha robado el mes de abril

Por Alfonso Cebal

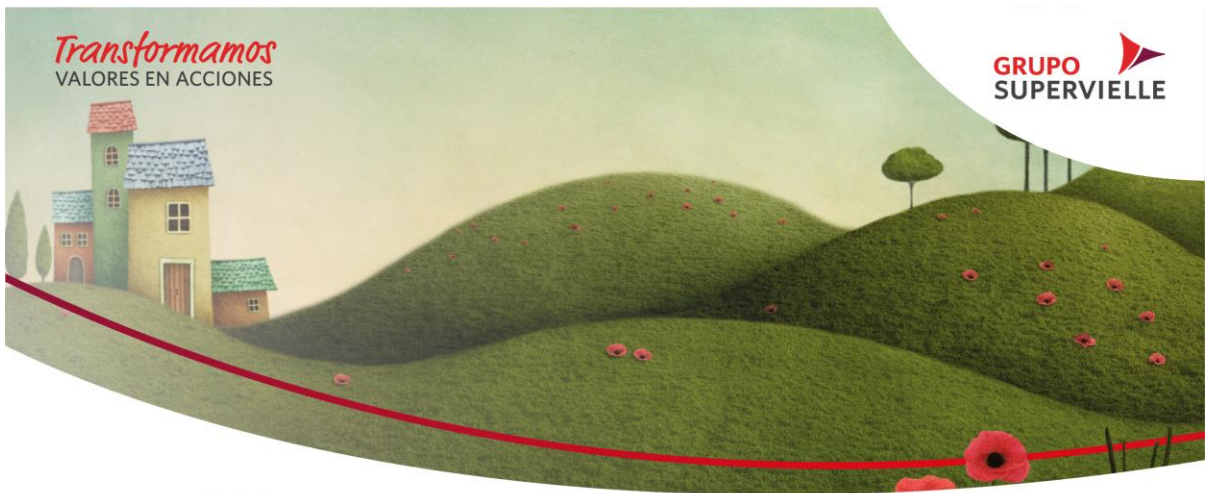
Crónica de un robo audaz.

Versión no autorizada.

No voy a hablar de la canción de Sabina. Aunque me gusta, lo reconozco. En www.youtube.com puede verse un viejo video en el que Sabina esta flaco y joven, no tiene barba ni usa sombrero hongo y canta con una vocecita menos grave, menos cascada, menos alcoholizada, y recita quien me ha robado el mes de abril como quien dice he perdido un beso.

Tampoco estoy seguro de estar hablando de un robo, claro que el robo de un mes sería una buena noticia, daría tema para un texto de la sección policial que, bien escrito, podría interesar a ese público, lector de los matutinos, adicto a los temas obscenos o escandalosos, al menos durante un par de días.

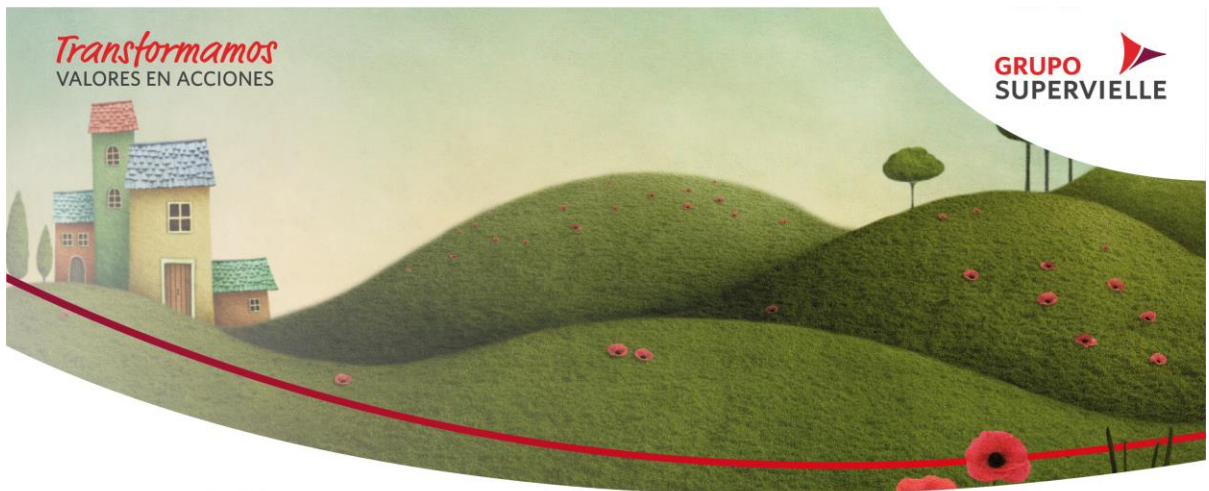
En realidad estaba pensando como hacer para robarme un mes entero. Y para colmo el mes de Abril. Es que Abril es un mes especial. Valioso, seductor, luminoso, adorable, espontaneo, sorprendente. Decir Abril es como decir alegría, campanita, enamorado, no



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

sé, suena bien. En primer lugar porque es un mes del Otoño, el mes donde el Otoño crece y se viste de color amarillo. Si, porque Marzo es el paraje donde nace el Otoño, pero casi en la frontera, en un rincón donde no tiene tiempo de madurar. Marzo es un hijo natural del Verano y en muchas ocasiones ni siquiera trae hasta nuestra caminata tardía el aire fresco del ocaso. El otoño tiene otro nombre, se llama Abril. Y no digo Mayo, ni Junio, digo solamente Abril. Mayo es un nombre duro, un mes agresivo, imponente. Lo recuerdo bien, cuando era pibe en Mayo llegaban los fríos y los desfiles militares. Cuando ya no podía llegar caminando y tenía que tomar el tranvía para ir a la escuela. Y de Junio mejor no hablar, porque tuvimos un bombardeo que alcancé a ver desde la terraza sin comprender que estábamos cayendo en la oscuridad de una época sin historia. Pero no quiero apartarme de mi pensamiento. Porque ya se lo que me pasa, comienzo a divagar y no solo voy a perder el contacto con el mes de Abril, voy a terminar por caer en la cueva del silencio.

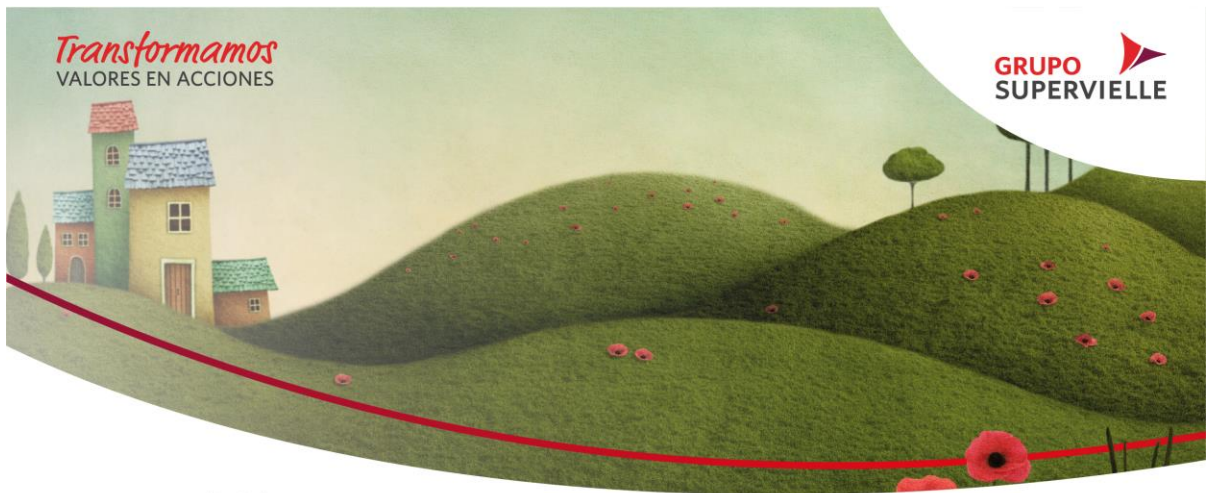
Robarse el mes de Abril es casi una hazaña. Habría que establecer un plan muy preciso y detallado, las acciones previas deberían estar muy bien programadas. Para proyectar un robo de tal calaña habría que tener en cuenta muchos detalles importantes: el recuento de las hojas caídas, el cambio de las horas, la llegada anticipada de las sombras, las noches más largas, el leve pero inevitable descenso de la temperatura, la inclinación del sol, las ventanas cerradas, las primeras bufandas, las mujeres envueltas en sus prendas de abrigo, las tardes de lluvia, la bruma matinal, el café calentito, una abuela tejiendo. Y los colores, porque el mes de Abril además de amarillo está pintado



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

de anaranjado, violeta, lila, ocre, azul y casi todos los marrones. Imagino que el plan tendría que estar diseñado por un experto ladrón de joyas o de obras de arte, uno de esos que vemos en el biógrafo personificado por un actor famoso como Sean Connery. Un hombre de mundo, impecable, seductor, vestido con smoking negro y rodeado de hermosas mujeres, al que el inspector de policía, eternamente protegido por el mismo impermeable, persigue durante años y nunca puede apresar, aunque toma whisky con él y conoce de memoria todo su prontuario. El ladrón del mes de Abril no es un amante de la naturaleza, actúa impulsado por su ambición, y considera su fechoría como un componente de la modernidad, el desprecio por lo clásico. Quien pensara en robarse el mes de Abril debería disponer de una buena coartada, no se trata de un robo común y corriente, la falta de un mes en el calendario podría desatar una severa investigación por parte de las autoridades. Me imagino los titulares de los diarios ¿QUIÉN SE HA ROBADO EL MES DE ABRIL? en letras tamaño catástrofe. Los reporteros y movileros de los noticieros de TV mostrarían insolentes el enorme hueco oscuro dejado en el primer cuarto del año por esa increíble desaparición, sus comentarios abarcarían todo tipo de especulación sobre el posible autor del hecho y en la desesperada búsqueda de una motivación razonable se volcarían hacia las más absurdas e increíbles teorías vinculadas al talento y la picardía de un furtivo ladrón profesional, astuto y escurridizo. Bueno, no es para menos, no todos los días se roba un mes.

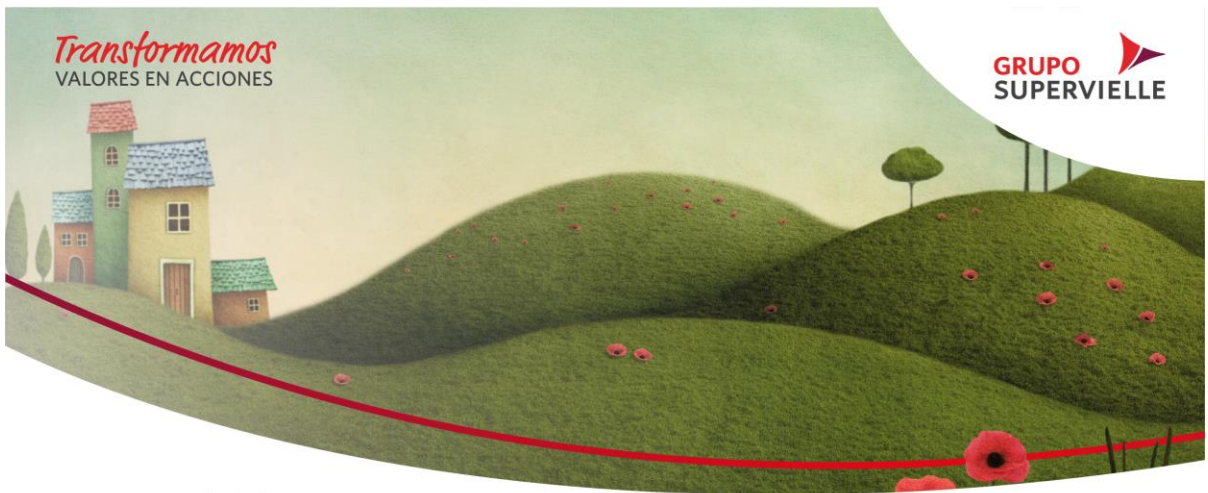
El ladrón de Abril (si esto sigue así vamos a tener que llamarlo de alguna manera), tendrá que disponer de un buen refugio donde ocultar su botín. Me imagino que el mes



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

de Abril debe ocupar un cierto espacio, sobre todo para acomodar adecuadamente sus componentes otoñales, y no me refiero a los días de semana santa, que sin duda necesitarán por lo menos las naves de un templo donde celebrar los ritos de la iglesia católica, cuyos sacerdotes pondrían el grito en el cielo al advertir el robo. A decir verdad estoy pensando en la cantidad de hojas amontonadas en las veredas, en la levedad de esas mañanas transparentes y frescas que invitan a caminar, en el lugar que ocuparían esos días que mal llamamos otoñales, casi despreciativamente, como si pertenecer al otoño los convirtiera en indeseables. Ésos en los que la llovizna persistente y fría cae sobre la ciudad, inmoviliza transeúntes bajo los aleros de las esquinas y alimenta charcos junto a los cordones. Dónde ocultará el ladrón de Abril esas calles mojadas donde se reflejan las luces de los taxis detenidos ante el semáforo rojo de Santa Fe y Esmeralda.

Si yo fuera el ladrón del mes de Abril estoy seguro que podría encontrar un lugar seguro donde esconderlo. En realidad el mes de Abril, como su nombre, tiene un tamaño muy pequeño a pesar que guarda en su interior muchas historias inolvidables. Si robara el mes de Abril creo que me quedaría muy tranquilo en mi casa, mirando hacia la pared de la cocina donde cuelga ese calendario de cartón que me regalaron en la farmacia, al que simplemente le faltaría la hoja número cuatro. Ésa donde hay treinta números dibujados y el rastro de cuatro lunas cuya curva silueta se va afinando con el correr de las semanas. Dejaría que los vecinos pudieran verme a través de la ventana leyendo ensimismado o tal vez sonriendo despreocupado mirando una serie de la TV, una

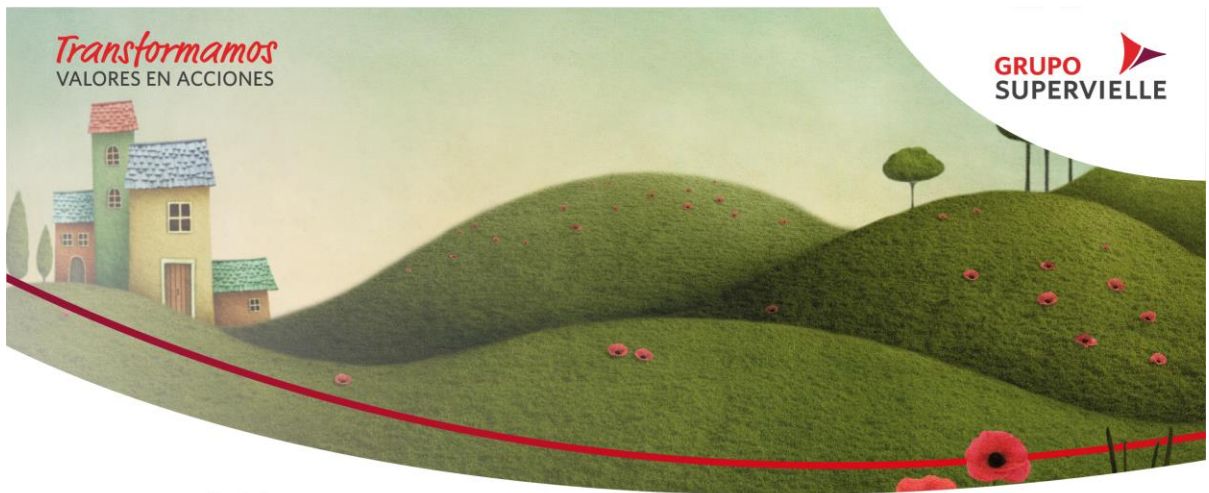


4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

manera inteligente de disimular mi condición de malhechor y delincuente. Si a pesar de todas mis precauciones resultara sospechoso, todos sabemos que no existe el crimen perfecto, y algún personaje indiscreto, con la intención de incriminarme, me preguntara por el mes de Abril, le contestaría indiferente que ignoro su paradero, que tal vez se cansó de la ciudad y se fue a vivir al campo donde puede gozar de la recolección de sus cosechas, mientras siente el viento frío de la mañana, se deja envolver por la bruma que llega del mar, o se adormece en esos atardeceres oscuramente violáceos, tranquilo, sentadito en el pasto, fumándose un cigarro de chala, recordando sus aventuras otoñales, la sucesión de sus días, sintiéndose intensamente mes, maduro y sensible en su intocable condición de Abril.

Si bien disponer del mes de Abril a mi antojo me permitiría recuperar todos los abrils de mi vida, yo me conformaría con uno solo, el de hace mas de treinta años, cuando conocí aquella muchacha que me contagió la alegría. ¡Ah, si pudiera volver a ese mes de Abril para tenerla otra vez entre mis brazos! Pero nada de eso es posible. Prefiero ganar tiempo y en lugar de abandonarme a la melancolía será mejor que decida de una vez por todas que voy a hacer con el mes de Abril, porque temo que en algún momento mi vecina de al lado pueda percibir el aroma de las flores que se cuele por debajo de la puerta, ahora que he descubierto que el rastro de Abril es fácilmente reconocible por su perfume a crisantemos, anémonas y pensamientos.

La verdad es que resulta inaceptable la idea de guardarse el mes de Abril para siempre, creo que sería mejor devolverlo, al final de cuentas tratándose de tiempo el del mes de

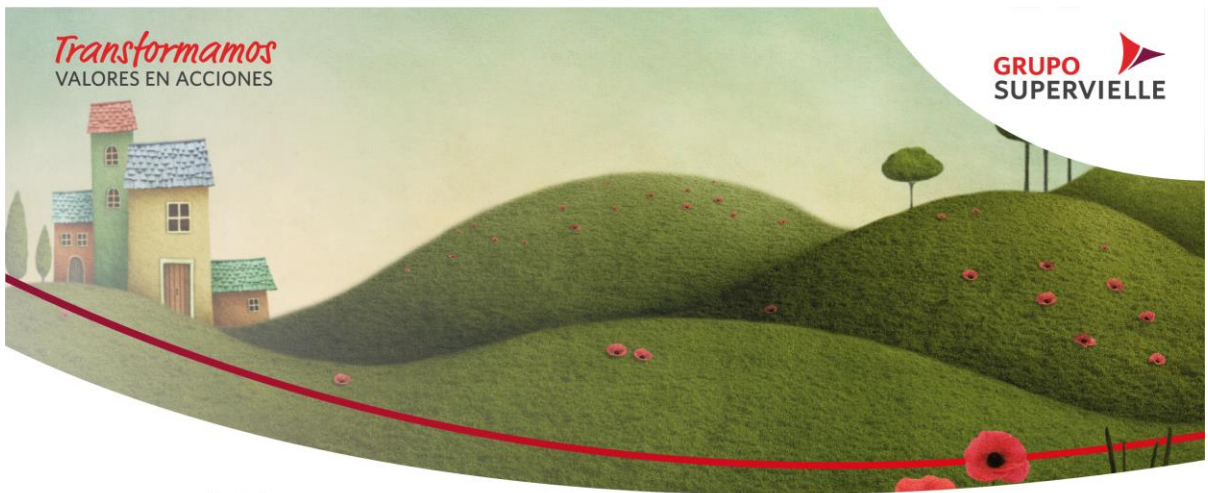


4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Abril no puede ser más que un robo transitorio. No es cuestión de tener un mes detenido en el espacio indefinidamente. Podría suceder que Mayo no llegara nunca o que las hojas de todos los árboles quedaran misteriosamente suspendidas en el aire, como los pensamientos de un niño. Nadie querría quedarse amorosa e indefinidamente con el mes de Abril, como una mujer guarda el pétalo de una flor entre las hojas de un libro. Ni siquiera aquel cantor español, con toda su poética a cuestas, podría soportar tanto tiempo en la posada del fracaso escondiendo su propio y manoseado mes de Abril entre las notas de un pentagrama.

A pesar de todo estoy convencido que el robo del mes de Abril no sería un mal negocio para el inventor de semejante afano. Ahora que estoy navegando los sesenta y me acerco peligrosamente escorado a la isla del fin del mundo, el valor de los meses está en alza en el mercado del tiempo arrebatado y Abril cotiza como el oro amarillo.

Acabo de recibir un e-mail muy extraño, me ofrecen una semana de Abril en un complejo de tiempo compartido en la costa de México. Si serán atrevidos, ¿no se dan cuenta que eso es imposible? Si el mes de Abril todavía está guardado en un cajón, el mismo donde guardo el corazón.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

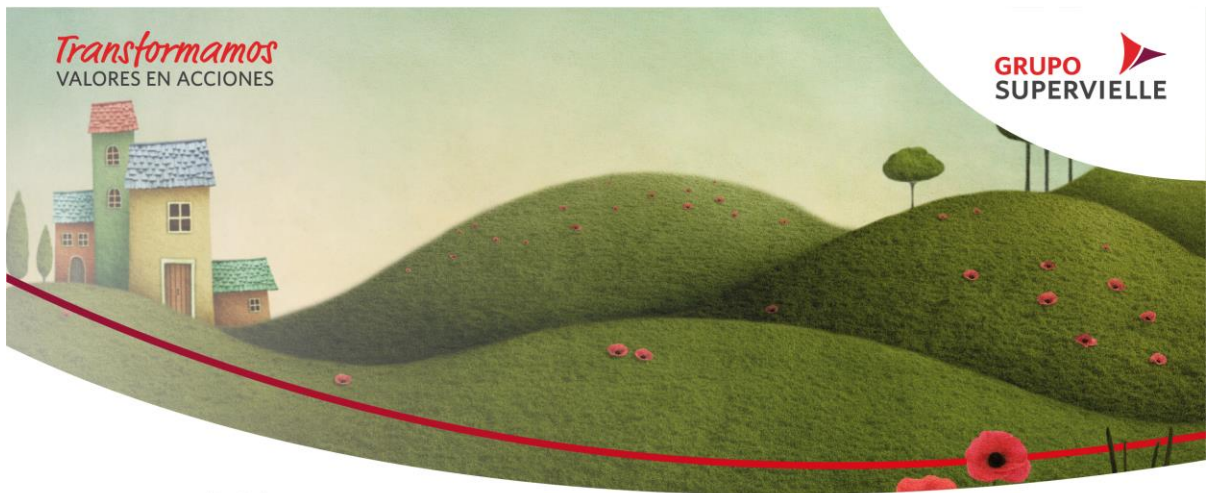
Finalista:

Las Golondrinas

Por Eduardo Aníbal Solari

Se sacó la máscara de oxígeno y, mientras lágrimas débiles asomaban en sus ojos cansados, me dijo: “Se fueron las golondrinas y no sé si las volveré a ver”. Mi madre, con más de 100 años y gran lectora, utilizó esas palabras para describirme su estado de salud. Acostada en una cama de la sala de guardia del Hospital Sirio Libanés, me quiso decir que estaba en el borde de la vida.

Dos horas antes de que concluyera el primer día de junio, Cristina, mi hermana, me llamó por teléfono para decirme que mamá respiraba con dificultad, que se ahogaba. Ya había llamado a la emergencia médica y apenas tuviera una respuesta concreta me avisaría. El segundo llamado fue para decirme que la trasladaban a ese hospital. Llegué, acompañado por mi esposa, lo más rápido que me fue posible. Ya estaba Carlos, mi hermano mayor, con su mujer, haciéndole compañía a Cristina; ella es quien vive con mi madre. Repitieron las palabras del médico: “Neumonía aguda; en una mujer de esa edad el cuadro es grave. ¿Grave?, pregunté. Sí, Eduardo, eso dijo el médico, corroboró Carlos. El mismo médico a quien tanto tuve que insistirle para que me dejara entrar a la



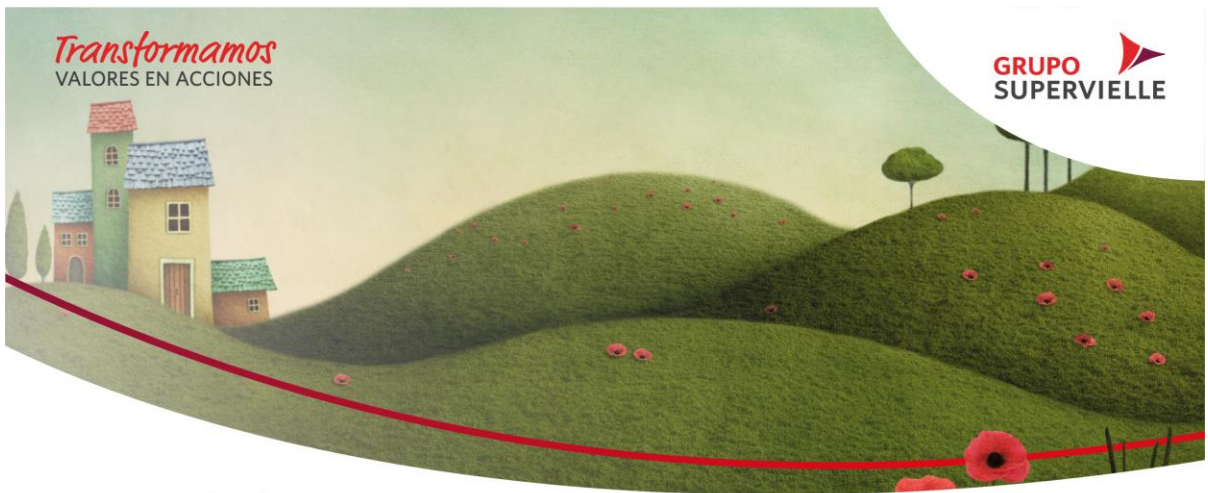
4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

sala de guardia, para poder verla y rodearla de besos y caricias. Lo hice y a mí, aunque ahora estén en el hemisferio norte, me rodearon las golondrinas.

Una enfermera se acercó a decirnos:

-Cuando el médico tenga el resultado de los análisis y las radiografías, se va a comunicar con ustedes. Mientras tanto aguarden ahí, en la sala.

Sala de espera bien calefaccionada, pero gélida para el alma. Nos sentamos en las sillas metálicas, alineadas cual un gusano de plata, largo y gigante. Las cuñadas se pusieron a conversar y nosotros, los tres hermanos, nos convertimos en socios del silencio. Ninguno dijo nada, sólo nos dispusimos a esperar. Pero los pensamientos no piden permiso y aparecen en la angustia de la espera. ¿Cuáles? No sé los de Cristina y Carlos, pero sí los míos. Pienso en la edad de mi madre y cuántas veces me dije que su existencia ya no tiene luces de neón, sino una vela que se apaga lentamente; pero con luz suficiente para llevar una vida digna cuando aceptó las limitaciones que le imponía la edad. ¿Qué limitaciones? Dejar el bastón por el andador al que tanto se resistía, pero al ver que facilitaba su movilidad dentro de su departamento, y cuando la iba a buscar para pasar el domingo en mi casa, alcanzó dimensiones insospechadas, le dio el rango de octava maravilla del mundo. ¿Enfermedades? Diabetes e hipertensión controladas. Dos meses antes de esta internación, tratamiento con rayos para eliminar un carcinoma de piel que resultó exitoso. ¿Su vida con 100 años? Una rutina propia de los tiempos de sosiego, pero con matices llenos de sol: iniciar el día temprano, bañarse por sus propios medios, desayuno que ella misma se preparaba, lectura del diario -sin usar antejos-,



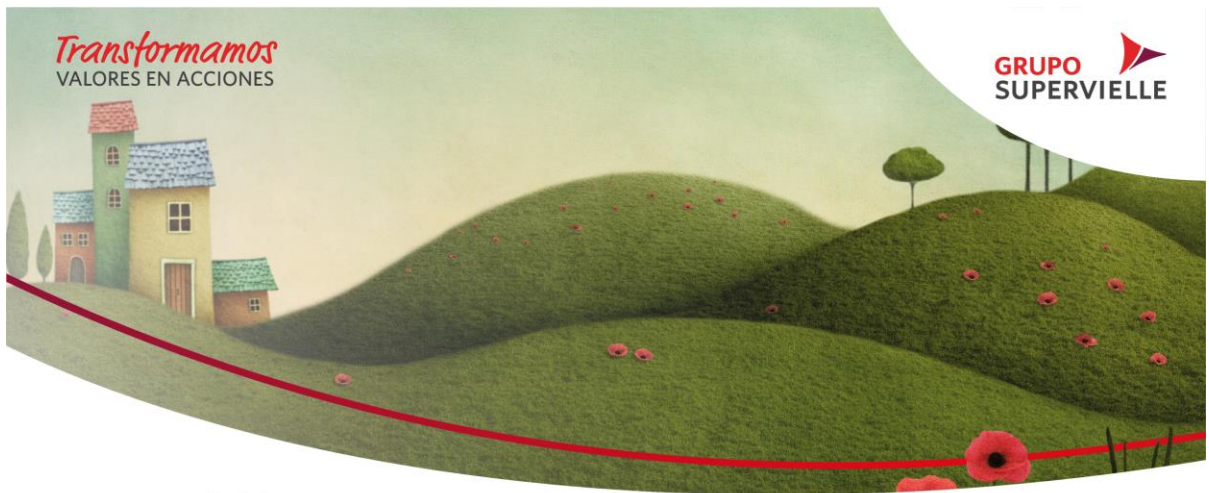
4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

hacer las palabras cruzadas, cuidar las plantas del balcón, almuerzo que le prepara la mujer que la acompaña, siesta y luego retomar el libro que estaba leyendo el día anterior, un rato de televisión, sólo un rato, ya que a pesar del audífono, tiene dificultades para escuchar bien. A la noche, mi hermana llega de trabajar y comparten la cena. Luego se va a su pieza a seguir con la lectura hasta que el sueño le dice basta. Mi hermano y yo la visitamos durante la semana; también, cuando sus obligaciones se lo permiten, sus siete nietos la visitan, y dos de ellos le llevan a sus cuatro bisnietos. ¿Vos te imaginás viviendo treinta años más?, es la pregunta que siempre me hace. Si llego como estás vos, sí, es la respuesta que siempre le doy. Pero parece que la luz de esa vela hoy se apaga y me doy cuenta de que estoy atrapado en mi mentira. ¿Cuál? Que tenía elaborado el momento cuando esa luz deje de alumbrar. Me cuesta aceptar la oscuridad, y sufro como no pensaba que iba a sufrir. Mi esposa, que me lee el pensamiento, se me acerca y con un abrazo me dice todo lo que yo no me animo a decir. No sé cuánto tiempo pasó hasta que la puerta de la sala de guardia se abrió para nosotros. Apareció el médico y nos dijo:

-Confirмо el diagnóstico. La vamos a llevar a terapia intensiva, donde le daremos dos antibióticos, oxígeno permanente y nebulizaciones cada ocho horas. Como les dije antes, la neumonía es aguda y su estado es grave.

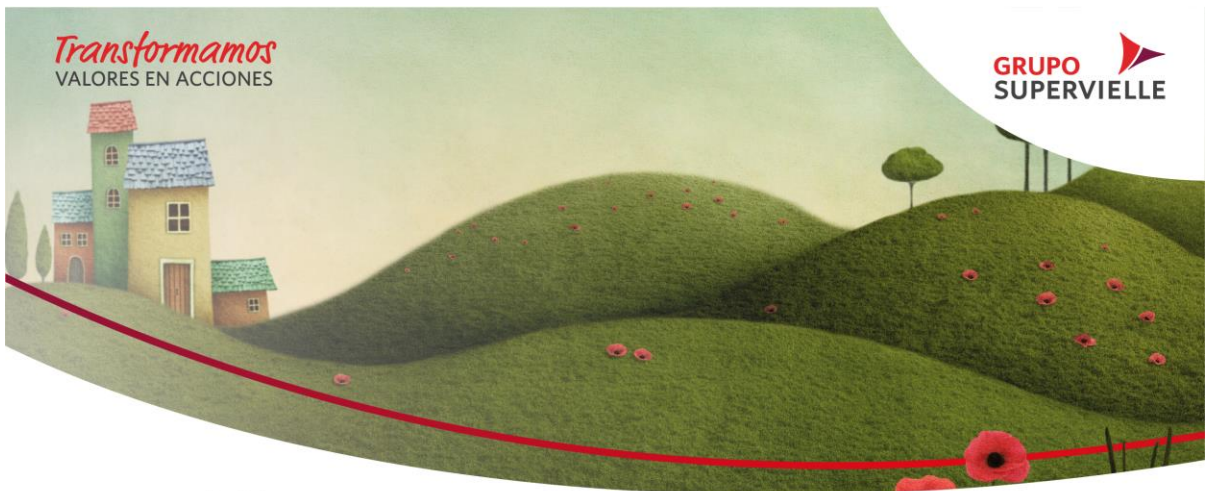
-¿La puedo ver antes que la lleven a terapia? -le pregunté.

-No. Recién en el horario de visita, que es al mediodía, la pueden ver y recibirán el parte médico. Mejor vayan a descansar, ahora no pueden hacer nada -me respondió.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

No optamos por el descanso. Nos fuimos a la cafetería de la estación de servicio, que está a media cuadra del hospital. Sentados a la mesa los hermanos rompimos el silencio; las palabras, atravesaban la bruma que se elevaba lenta y tibia de los cinco pocillos de café y comenzaron a recuperar recuerdos de mamá, para que cada uno contase lo que quisiera, como quisiera. Así aparecieron climas, detalles, hechos trascendentes. ¿Qué hechos? La vida de nuestra madre nos llevó a lo profundo de la infancia, donde hubo un común denominador: atención, cuidados, protección, comidas cuyos sabores aún conservamos, noches de desvelos por fiebres rebeldes, el pan con manteca y azúcar que nos esperaba al lado del tazón de café con leche cuando regresábamos del colegio. El recordatorio que estábamos haciendo se detuvo más tiempo en la etapa de nuestra adolescencia avanzada, donde hay hechos bellos, de complicidades y cosas que quedan sin saber, sin explicación. Nunca entendimos que el viaje de mi padre con otro amor lo convirtiera en orfebre del abandono. Yo lo padecí antes, cuando en casa sus manos sabían de golpes y furias, y sus palabras humillaban. Mi madre lo sufrió, pero no hizo nada, como entregada al destino. ¿Qué destino? El de ser siempre hija. Hija única de sus padres, padres que no la dejaron ir a la escuela secundaria. ¿Para qué tiene que estudiar?, nos contó mi madre que dijo mi abuelo. Corte y confección, y cocina fueron los estudios que tenían preparado para ella. Esposa hija de mi padre y después hija de sus hijos. ¿Recuerdos que la juzgan? No, en absoluto. Es la realidad que le tocó vivir con sus debilidades y fortalezas, con las cuales hizo lo que pudo. Y pudo mucho con las escasas herramientas que tuvo, pero mucho más fue el

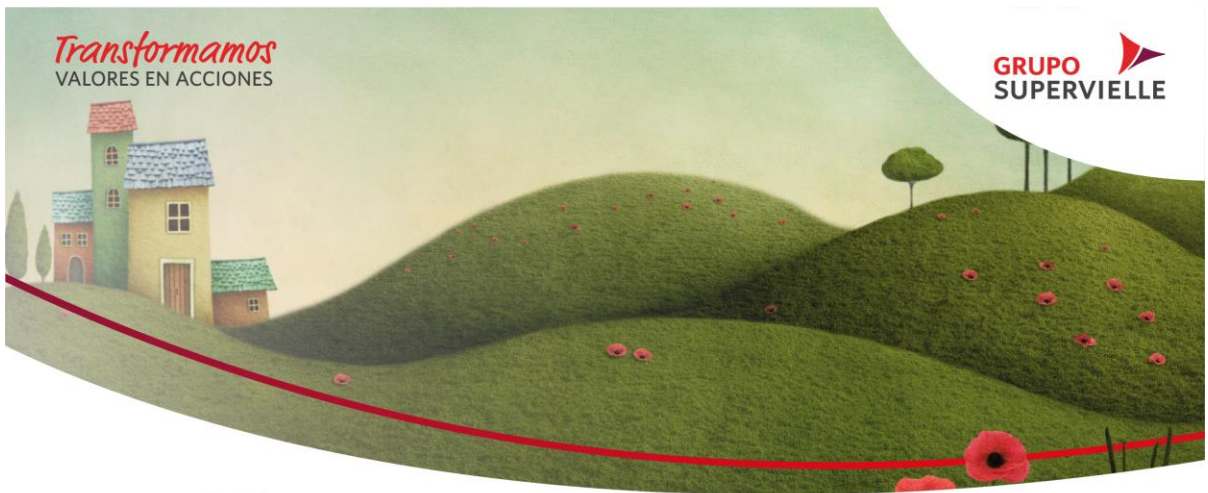


4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

amor que nos dio. También afloraron los recuerdos felices que supieron venir, superado el tiempo del destrato. Casamiento de los hijos varones, vacaciones juntos, viajes, nietos y bisnietos. Y en ese amor anidan los mejores recuerdos que ahora se agigantan, para dar un soplo que avive esa luz que, según presagia el médico, se apaga. Y no se apagó.

Al mediodía estábamos los tres hermanos a la espera del parte médico. “De la neumonía está evolucionado bien, pero la falta de oxígeno que tuvo le provocó daños en la circulación cerebral y la audición la perdió por completo. Si sigue así, hoy mismo la pasamos a una habitación de piso para seguir el tratamiento con los antibióticos”, dijo el médico terapeuta. No nos movimos del hospital, excepto Cristina que fue hasta una librería a comprar una pizarra, un fibrón y un borrador, a fin de establecer un nuevo modo de comunicación con nuestra madre. Debido a la sordera total el audífono pasó a ser un material descartable. Se sucedieron veinte días de internación y coordinamos tres turnos para estar con mamá. Carlos por la mañana, Cristina a la tarde y yo durante la noche. Veinte días en los que pasó por diferentes estados. Curada la neumonía, tenía la saturación de oxígeno por debajo de lo normal; eso impedía que le dieran el alta médica. Su deterioro era muy evidente. Pasó por estados de lucidez, y otros de plena confusión. Veinte días de pizarra con frases concisas, breves pero escritas con amor, y con dolor.

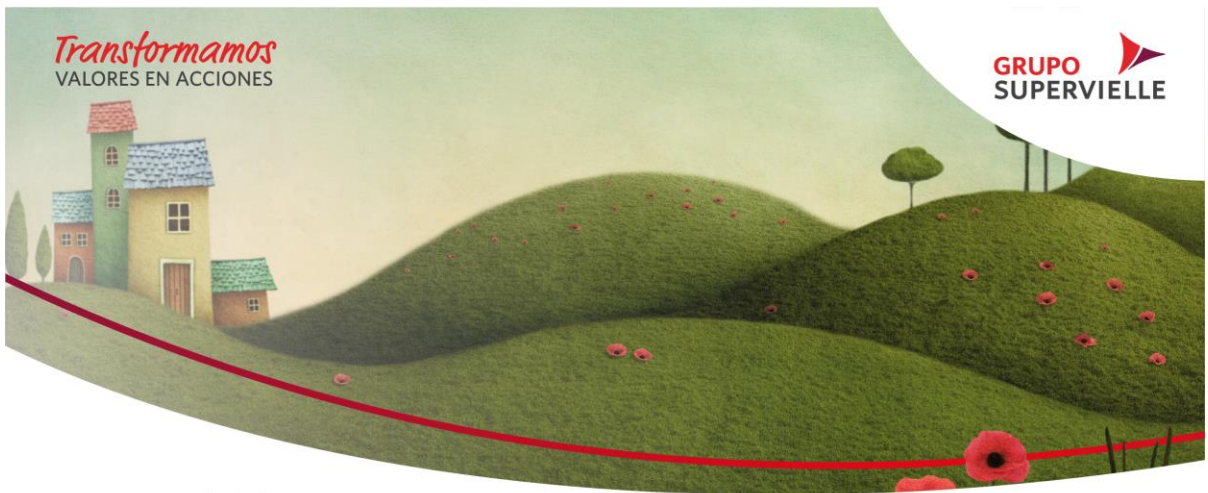
Llegó por fin el día de abandonar el hospital. Ya nada fue igual. Mi madre no era mi madre. Otra persona era la que iba en la ambulancia rumbo a su casa, no la que veía



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

antes de la internación. No reconoció el departamento, menos su habitación. Lucidez y confusión iban y venían, como las golondrinas. La vio un psiquiatra y fue contundente: principio de demencia senil. Medicación pertinente, pañales, dos enfermeras para cubrir el día hasta que mi hermana regresara del trabajo. Mi madre postrada, sin fuerzas y con una vida que no es vida. A fines de julio todo cambió. El kinesiólogo hizo maravillas con su cuerpo, que repercutió en su mente. Ahora se levanta, camina con el andador, siempre con alguien detrás de ella por una posible caída. La rutina volvió, limitada pero volvió. La tienen que bañar, pero se sienta en su sillón en el living, lee poco, pero lee. Las palabras cruzadas todavía la acompañan, como la pizarra, como la acompañamos nosotros. Con mi hermano, además de ir algunos días durante la semana, nos repartimos el sábado y el domingo para que mi hermana tome una bocanada de aire fresco y pueda desarrollar su vida social y de pareja, aunque sea acotada, dada las circunstancias.

Hay veces que no me reconoce, pero yo, cuando eso sucede, me reconozco en ella, mi mamá. Todavía esa luz de vela, aunque sea cada día más débil, la ilumina. Y también me ilumina a mí, que dejo de beber del pozo de la amargura y me pregunto: "¿Volverá a ver las golondrinas?". Yo quiero creer que sí.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

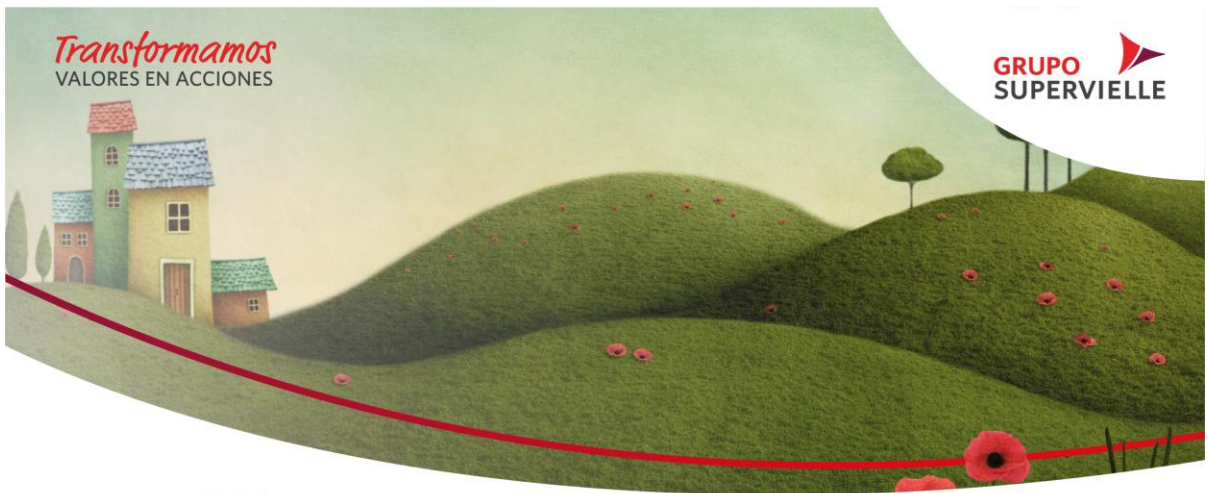
El supermercado de los sin nombre

Por Rubén Jorge Lindman

Ambos iban camino al bar. Él desde Caballito, ella desde Palermo. Cada uno con sus más de sesenta años esperaba encontrar, ¡por fin!, a su próxima pareja. Los apodosos que inventaron para el sitio de citas en el que se conocieron los alentó a fantasear que el destino los acercó. Ella, "Sí quiero", él, "Solo un hombre". El deseo luchaba contra los fracasos. Cada persona nueva era una reiteración de fotos, mensajes escritos, charlas telefónicas y el acuerdo para un encuentro, al que ahora iban con la mejor vestimenta, agradables sonrisas y sus mochilas a cuestas.

Sabían de otros que en esa misma página lograron el premio de una historia de amor. ¿Les cabría a ellos tener la misma suerte?

La intención de los dos era ser tolerantes y no sabotear la oportunidad, aunque la idea de protegerse ante una nueva frustración no los dejaba soñar libremente. El miedo a lo nuevo y la prevención habían dificultado el diálogo telefónico. Por momentos, más que dos que intentan una conquista, parecían luchadores de sumo estudiándose en el cuadrilátero. Pero no descartaron la posibilidad de conocerse. Ya habían experimentado el sin sentido de finales abruptos con candidatos anteriores.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Una de las actitudes que a él le produjo ruido fue cuando ella le pidió que, luego del café, la llevara de vuelta a su casa. No hacerlo sería un gesto de poca caballerosidad, le dijo marcando la cancha. ¿No era desubicado formular semejante exigencia antes del encuentro?, se preguntó él con fastidio. El planteo le sonó como una extorsión y presintió que podía tratarse de una mujer controladora.

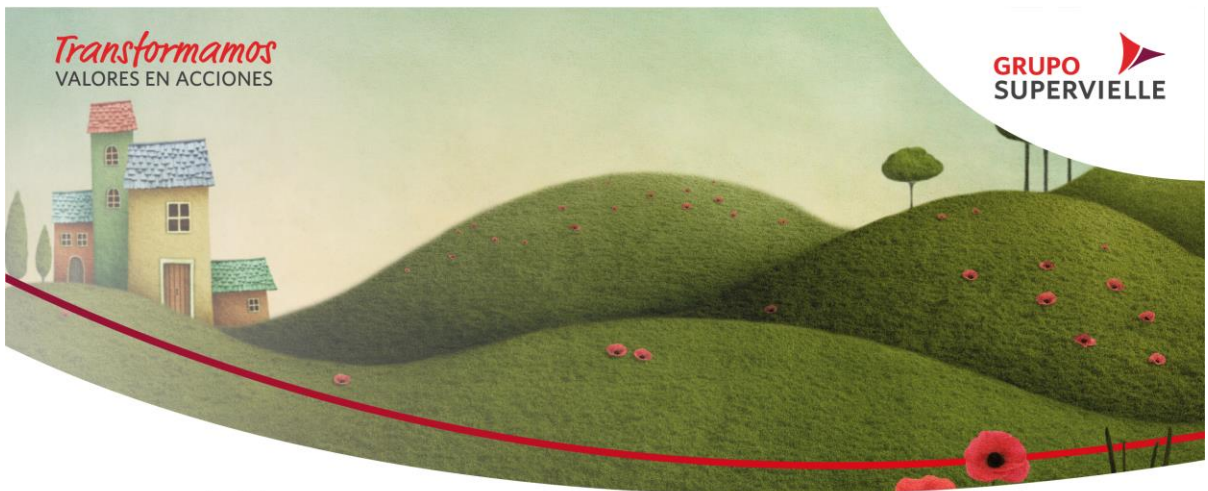
A ella tampoco le resultó feliz que, sin verse las caras, él le contara adonde vivía, el barrio, el tipo de departamento y la vista que tenía desde el living. ¿Acaso imaginaba que iría corriendo a desvestirse y entregarse de cuerpo y alma? Si ese era su objetivo le esperaba un debut y despedida, sería uno más de los tantos lanzados del sitio.

Así, cortocircuitos mediante, pactaron el encuentro al que ambos iban poniendo lo mejor de sí pero también con dudas, ansiedad y una frágil esperanza.

Ella llegó primero y eligió una mesa alejada de las ventanas. No era motivo de preocupación ser vista por un conocido, la incomodaba encontrarse con alguien de un sitio. Se inscribió por sugerencia de una amiga de las clases de folklore, en las que había un solo hombre y era casado. Hoy es común conocer gente de esta forma, si te da vergüenza vas a seguir sin pareja, le había dicho.

Le pidió al mozo que volviera en un rato porque esperaba a otra persona. Era mejor postergar el pedido, su *partenaire* podía faltar al encuentro. Ya le había pasado. Al menos no pagaría un café inútil, saldría rápido y evitaría la vergüenza del plantón.

Él llegó algo retrasado. Era más calvo que en las fotos, tenía un poco de panza pero no era gordo. Vestía ropa sport, un saco de tweed marrón, camisa sin corbata. Él le



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

adivinó más edad que la declarada, estaban a mano, en su presentación también se había quitado algunos años. Le resultó atractiva, le quedaban bien el pelo suelto sobre los hombros y el conjunto color pastel. Se preguntó cómo besaría. Recordó la frase con que se presentaba en el sitio: *“Soy sensual y cariñosa, en esta etapa quiero disfrutar de la vida, busco un compañero con el cual caminar de la mano bajo la luz de la luna en una playa o por las calles de la ciudad”*. Podía sonar cursi pero a él le gustó la imagen. Rogó para que la mujer no disfrazara su soledad con una frase trillada que los dejaría sin futuro: *“Estoy muy bien sola y no necesito de nadie”*.

-Hola, ¿vos sos *Si quiero?*, le preguntó al acercarse a la mesa.

-Sí, y vos *Solo un hombre*, no? Encantada.

Hablaron del tiempo y del cambio climático. Ella observaba el salón para no mostrarse inquisitiva aunque cada vez que desviaba la mirada se llevaba en su pensamiento algún rasgo de la cara, del gusto en la ropa o de sus ojos.

-¿Soy como la de la foto? -preguntó con coquetería.

A él le gustó la pregunta, significaba que le importaba su opinión.

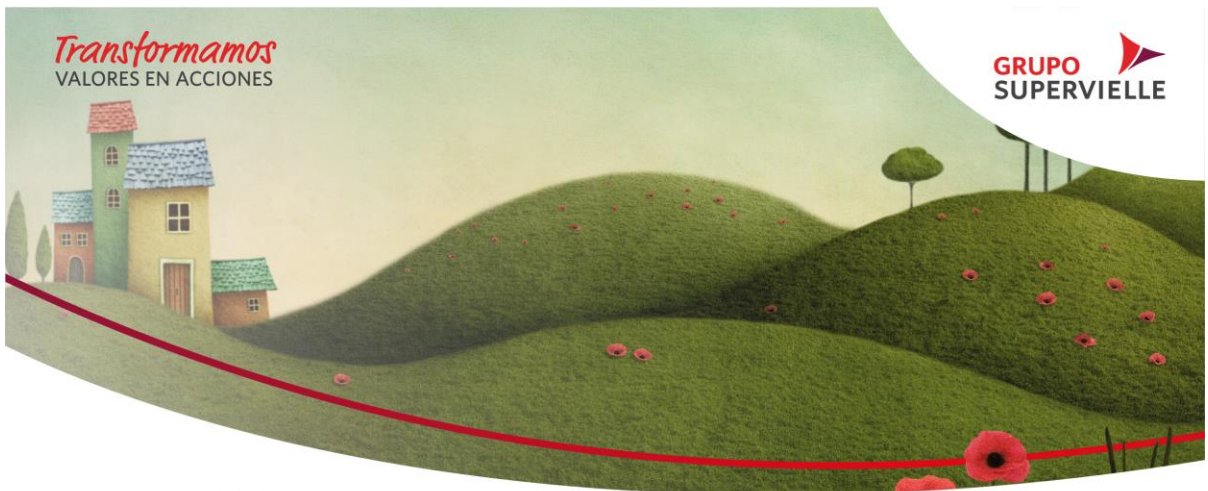
-En la realidad sos mejor que en las fotos, respondió con actitud seductora.

-Si vamos a empezar con mentiras...Así que sos divorciado, ¿cuánto hace?

-Más de veinte años.

-Ah, bastante, habrás tenido otras parejas.

-Sí, claro. ¿Hace mucho que estás en el sitio?, le preguntó cambiando de tema.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

-Unos meses pero casi nunca entro. Es que a la mayoría de los que se contactan es mejor perderlos que encontrarlos, se pasan de groseros.

-Creo que el sitio es como un supermercado de caras, nuestras fotos llenan las góndolas y al mismo tiempo pasamos con el carrito tirando algunas adentro. Solo deja de ser una tienda de consumo cuando vamos a la caja y compramos, o sea cuando nos jugamos a encontrarnos, dijo a sabiendas de que con esa reflexión, que alguna vez se le ocurrió, quedaba como un observador inteligente, neutral y no peligroso para el habitual temor de las mujeres.

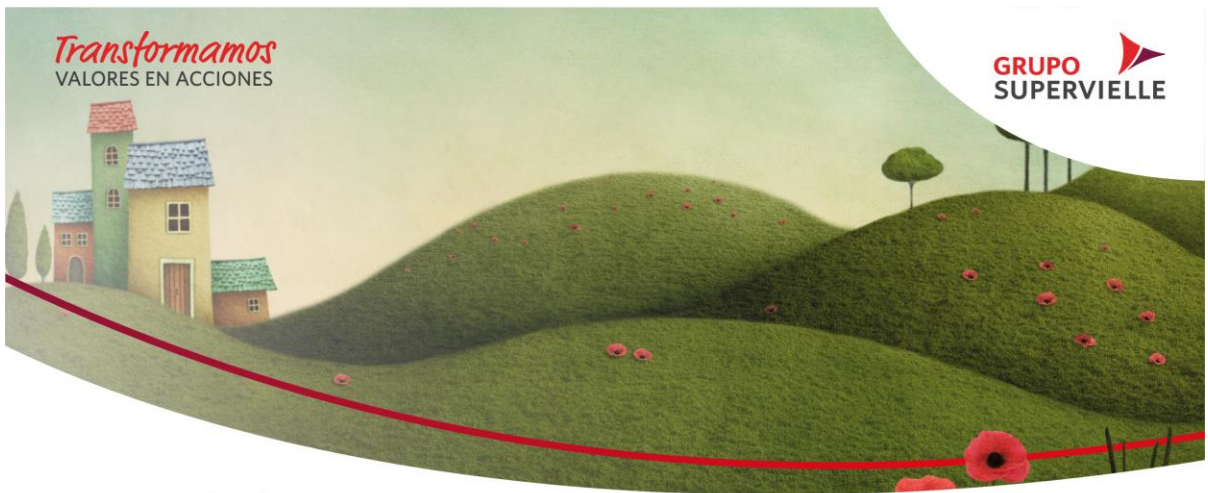
-No lo había pensado, suena un poco duro pero creo que es así. Somos de otra generación, en nuestra época nos veíamos y, si había onda, llegaban el teléfono y la cita. Ahora primero son las fotos, los "nicks", los "chats", el celular y recién el encuentro.

-De todos modos el amor se puede encontrar en cualquier parte, en la calle, en el subte o en un supermercado, aclaró él para no transmitir una sensación de frivolidad.

Ella se sintió más confiada, ese hombre no le estaba hablando de sexo en el primer encuentro sino de amor. Por supuesto que le interesaba la sexualidad, siempre que llegara junto o después de "lo otro". Animada le contó de sus hijos, del nieto que había tenido ese año y buscó el celular en su cartera.

Él la tomó de las manos y la indujo a guardar el teléfono.

-Por favor, dejemos las fotos, hablemos de nosotros. Cuando más adelante estemos en tu casa o la mía, un domingo lluvioso sacarás el celular y me mostrarás a tu nieto disfrazado de Batman. Hoy contame qué querés, a qué le tenés miedo.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Ella tragó saliva. El intuyó que la mujer se sintió gratamente sorprendida, era otra buena señal, como la que tuvo al principio.

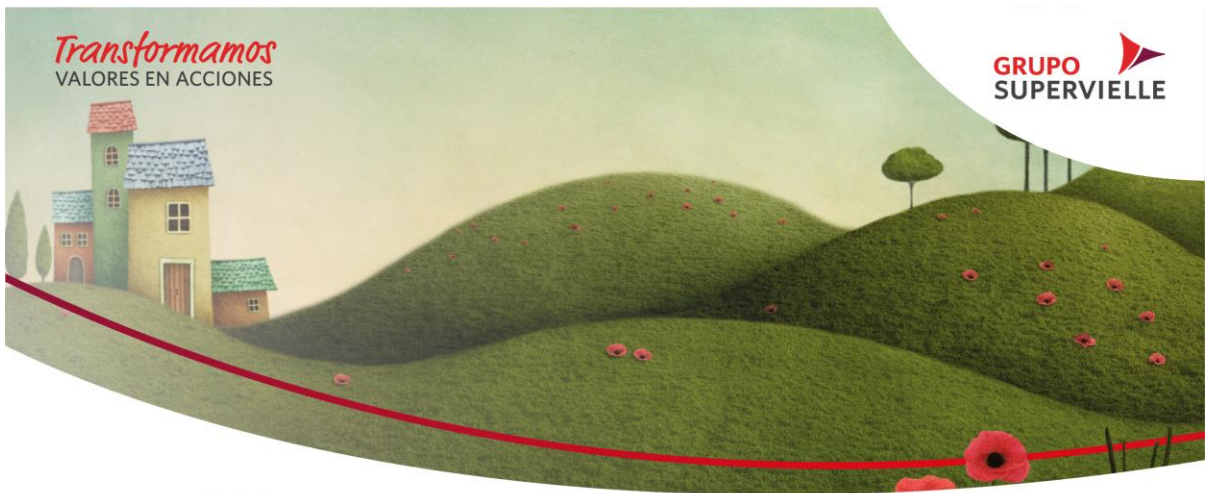
Pero a ella la venció el temor o, tal vez, la falta de práctica en el terreno de la seducción. Por otra parte, ¿de qué le iba a hablar?, ¿de la tortura que fue gran parte de su matrimonio, de cuánto tiempo y vitalidad había perdido esperando que su marido dejara la adicción al juego y la viera a ella y su amor por él? Luchaba entre el deseo de seguir adelante con el hombre que tenía enfrente y una ancestral necesidad de sentirse protegida por su familia. La rebeldía fue más fuerte, se le ocurrió que, al negarle la posibilidad de hablar de las personas queridas, ese hombre le estaba impidiendo ser ella.

-Mis hijos y nietos son los afectos que tengo, le dijo con firmeza.

El no supo qué contestar. Cómo explicarle que no era desinterés pero si seguía hablando de los nietos corría el riesgo de que, a sus ojos, la abuela ocupara la escena y relegara a la mujer. Cómo decirle que a la edad de ellos el deseo no nace fácil y se apaga rápido. Cómo inducirla a protegerlo alimentando el fuego de la salamandra y no pasando una franela a las fotos de familia. Por eso él no le habló de su matrimonio, de su hijo ni de la pareja que por inmadurez había perdido.

Ella se mostró determinada a seguir con lo suyo. El esperaba que entendiera sin el desgaste que significarían las explicaciones.

Se acercó el mozo, les dijo que estaban por cerrar y preguntó si les podía cobrar. No quedaban más clientes y ya habían dado vuelta algunas mesas para limpiar el piso.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Esta persona no es para mí, pensaron ambos. Pero al mismo tiempo sintieron pena por la pérdida que implicaba el adiós. Un ayudante de cocina abrió la puerta del bar para sacar tachos de basura, el aire frío de la calle se coló entre ellos.

El pagó, se levantaron y la ayudó a ponerse el abrigo. Ya era de noche cuando salieron, él le preguntó el nombre verdadero.

-Es cierto, dijo ella, qué raro, hablamos tanto y no dijimos cómo nos llamamos en la vida real. Mi nombre es Silvia.

-Yo, Eduardo

Se quedaron contrariados, sin saber qué más decir o hacer. Ella miraba la calle y el tráfico.

-Parece que tenés todo muy claro, le dijo.

-¿A qué te referís?, preguntó él sorprendido.

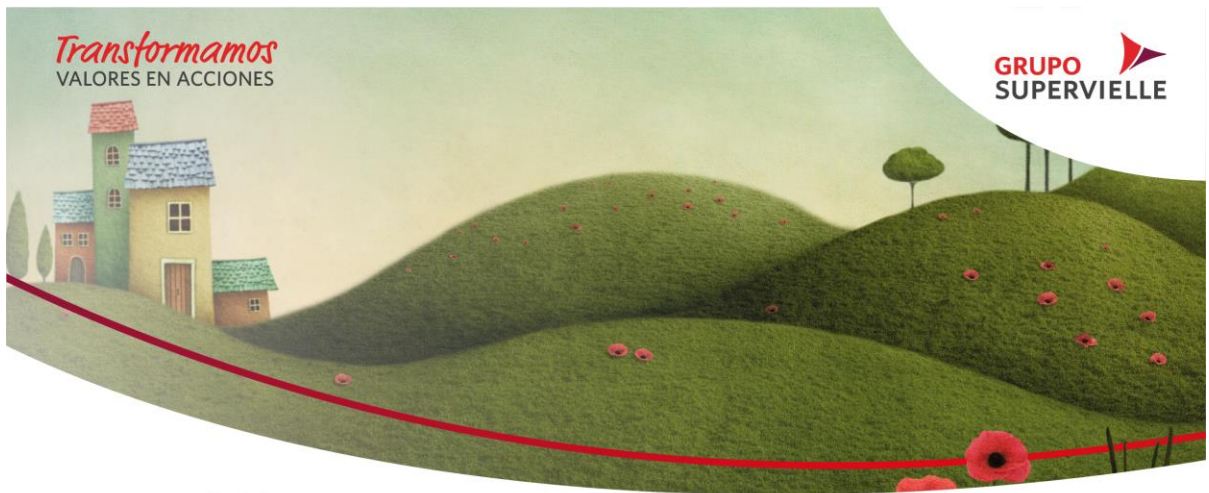
-Lo del supermercado, evitar las fotos de familia en el primer encuentro, hablar de lo que deseamos. Todo bárbaro pero estás solo, los dos estamos solos.

El sintió la estocada. Era cierto, su discurso bien pensado y expuesto en tantas oportunidades no le había servido de nada.

El rey y la reina estaban desnudos.

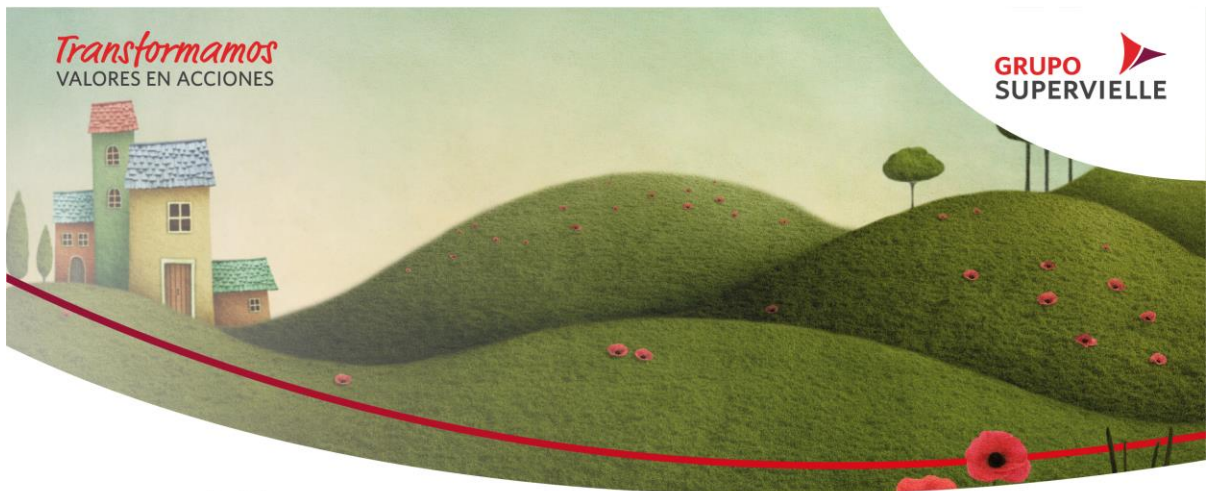
-¿Qué tal si los dos nos sacamos las corazas, dejamos las lindas frases y somos simplemente nosotros?, le dijo ella acompañando las palabras con una tierna caricia.

-Estoy con el auto, ¿quierés que te lleve a tu casa, *Silvita*?, le preguntó él remarcando su nombre con una felicidad que hacía tiempo no sentía.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

-Sí, me encantaría, *señor Eduardo* -respondió ella con una sonrisa.



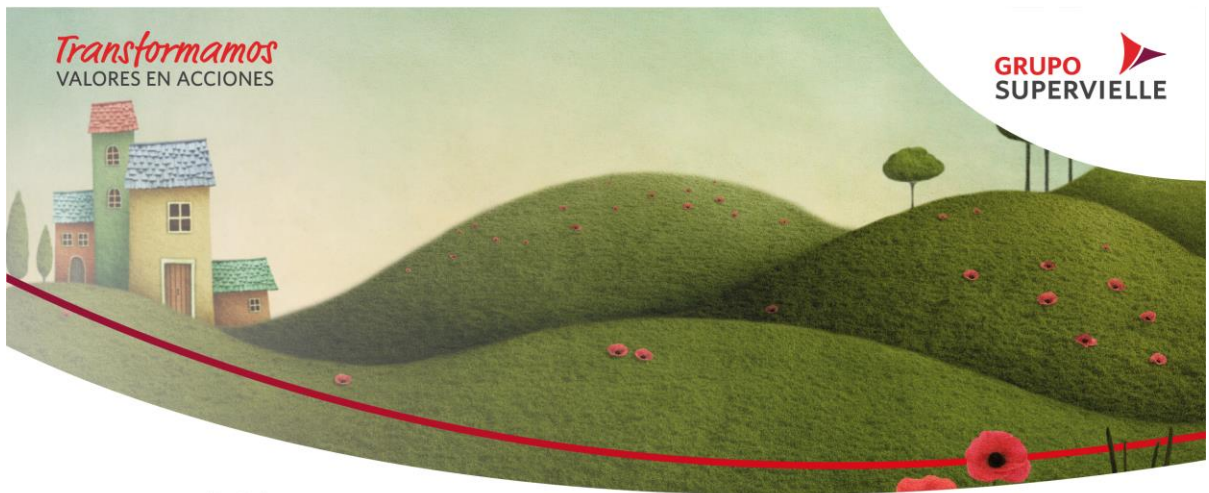
4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

El Pasajero

Por Fernando Patricio Wuth Campaña

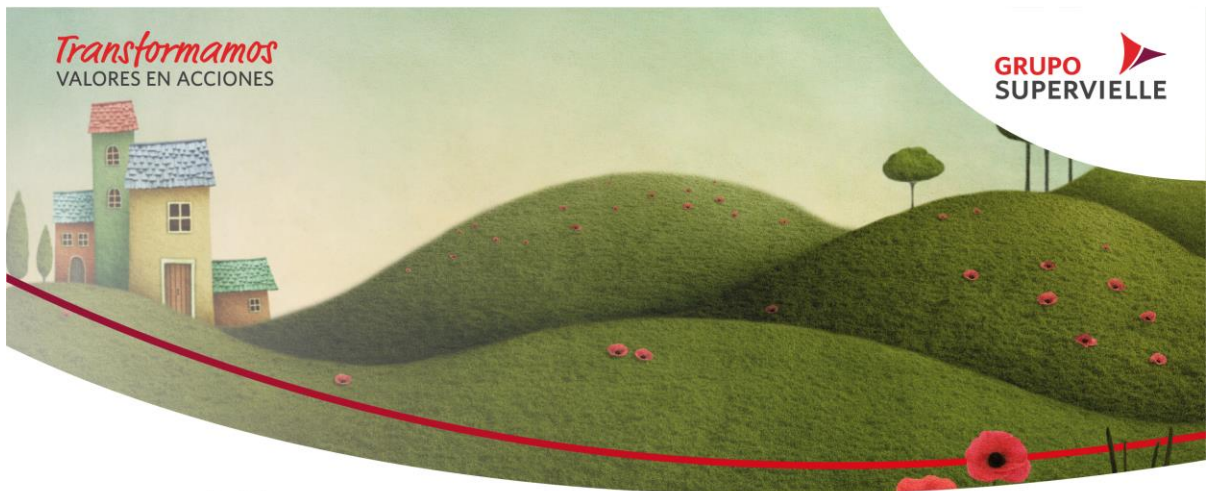
Con una reverencia casi imperceptible, el chofer cerró la puerta del pasajero, y abrió la suya con un ademán suave y tranquilo. Inmediatamente después se apoltronó en la butaca, reguló la distancia de sus piernas con los pedales, acomodó el respaldo y observó cuidadosamente los instrumentos del tablero cuando activó el encendido del motor que arrancó ronroneando sin dificultad. Miró con un movimiento mecánico de los ojos por el retrovisor para empezar a conducir, y sin quererlo, miró al pasajero que se veía imperturbable ubicado en su lugar. Volvió a regular el ángulo del espejo para de ese modo evitar verlo sin antes decidirlo. Como en todo transporte diferencial, el uso del riguroso traje de invierno de la empresa lo achicharraba, porque con los reclamos incluso a nivel gremial, ni él ni sus colegas habían podido lograr que les proveyeran ropa acorde al fuego candente del estío, que en ese año se presentó, como lo había escuchado por la radio esa mañana, como el más tórrido de los últimos veinte años. Quiso golpear el comando del aire acondicionado, que funcionaba a intervalos desde el bendito día en que empezó a trabajar, pero se contuvo, y se preguntó a sí mismo, por qué se sentía tan molesto. Volvió al trajín de recordar sus años de cesantía y se percató ya sin dudas de que el detalle que le había avinagrado el día, era precisamente él, el pasajero. Y tan justo que se trataba de la persona que esperaba no ver ya nunca más, pero no obstante, otra vez comprobó que el mundo era un pañuelo y que estaba repleto de causas misteriosas y de otras que no lo eran tanto. El pasajero era un empresario joven, pujante, elegante y al que él mismo, aún sin que lo conociera cuando trabajaba con el plantel de la administración, lo admiraba. Le envidiaba también la personalidad que reflejaba en sus apariciones en televisión, con el derroche de una simpatía apabullante, que parecía poseer un grifo inagotable de dinero, y que además,



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

como si esto fuera poco, era revoloteado por mujeres que se rendían a sus pies. Más encima daba toda la impresión de que todas lo acosaban no sólo por sus recursos monetarios. Con un formidable poder de decisión y manejo de sus más de trescientos empleados, el pasajero tenía la fama de no titubear ante los despidos y de no vacilarle la determinación para la puesta en vereda de sus subalternos. Todos sus empleados eran números, y él, el chofer, ahora lamentaba haber sido uno de sus tantos asalariados y admirador secreto e incondicional. A pesar de su lealtad, de la cual nunca se enteró el pasajero, se encontró un buen día despedido de un minuto al otro, con el telegrama fatídico en su mano, con la firma del pasajero de puño y letra, que lo dejaba sin trabajo y sin esperanza. Como guinda del postre, en aquel momento negro, nadie pudo explicarle a ciencia cierta las causas de la decisión que lo invalidó por tantos años. Y lo odió desde ese día.

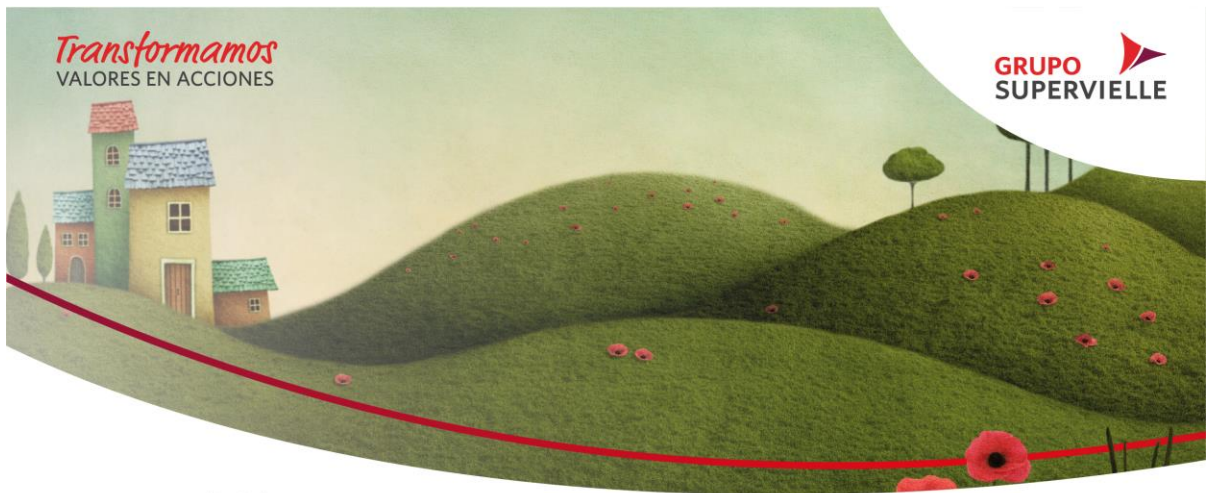
El semáforo, que el chofer no respetó, lo hizo no pensar en aquello, pero fue sólo por unos segundos, y los recuerdos siguieron como una película. Se dio cuenta, que el recuerdo no tenía colores, porque recordaba a su ex mujer, madre de su único hijo, y la vio en la remembranza en color sepia. Sepia como la foto de ella en su graduación y que estuvo en el cuadro de marco lustrado con la mejor ubicación de la casa en común. Su esposa le mutó el trato cariñoso y coloquial luego de que fuera despedido porque tal vez lo vio mejor, o tal vez se sinceró para siempre de la manera que ella misma le aclaró alguna vez. A su cesantía, ella la acompañó de un despotricar diario, que iba del levantarse hasta la hora de irse a dormir, y mejor dicho, de irse a dormir pero si podía, porque la intimidad no volvió al lecho, salvo en un par de ocasiones. A él le pareció que esos remedos de relaciones conyugales fueron por una estricta necesidad fisiológica. Es que al instante siguiente estuvo ella ahí otra vez con sus reclamos, con los "no sé para qué me casé", los "nunca voy a ser feliz contigo" y los "tú siempre vas a ser un don nadie" y una larga lista de requerimientos que muchas noches lo hicieron dormir acucillado al costado de la cama de su hijo, que usaba como refugio para descansar de la matraca interminable de la queja. No le fue fácil conseguir empleo con sus largos cincuenta años, y menos aún satisfacer los caprichos inverosímiles con que su consorte lo empujaba al borde mismo del abismo de la desesperación. Los veinte años de diferencia entre ambos se convirtieron, tal como le había dicho su amigo Carlos en



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

alguna ocasión, en una zanja sin profundidad cierta, la cual ya no podría ser cruzada. El puente sustentado en la pasión de aquel abismo de las generaciones se había roto en mil pedazos. Todos estos elementos lograron alterarle los nervios, la paciencia y el hogar. Lo de su joven pareja era algo que ya no tendría vuelta atrás, y ella se lo advirtió contundentemente. Sólo se trataba de interpretar. Lo martirizó con frases enigmáticas, con silencios elocuentes, con salidas que no eran habituales, arrinconándolo hacia la desesperación, hasta que en un buen día ella cruzó la puerta de calle para siempre con el niño de ambos que apenas empinaba ochenta centímetros del suelo, y la pregunta que él le hizo sobre si todo aquello se debía a otro hombre, solo tuvo respuesta cuando ella apareció una vez más por el antiguo departamento al volante de un moderno automóvil. Cargó sus cosas y las del pequeño a bordo del vehículo, y se alejó para no volver. Se marchó con una apariencia infinitamente diferente y distinta a cuando la había conocido. Aquello fue la descripción sin palabras del cambio rotundo de su vida. Por lo menos le sirvió al chofer para enterarse que quien lo había despedido, el pasajero, era la persona que le había arrebatado también a su esposa, y lo maldijo con una convicción aterradora.

No tuvo oportunidad de cruzarse jamás con su rival, y por obra y gracia de los desaciertos, no volvió a ver al pequeño hijo más que un par de veces por año, cuando se lo llevaba un circunspecto chofer a algún lugar predeterminado, por un tiempo más bien escaso y a los efectos sólo de dar cumplimiento al estricto mandato judicial, que había otorgado la tutoría plena a su ex esposa, junto a su nuevo Príncipe Azul. En realidad aquel régimen de visitas con su hijo, siempre con la atenta vigilia de un escribano que certificaba reloj en mano el tiempo del evento, lo destruyó en cuerpo y alma, y le dobló el cariño, la fe y las esperanzas. No volvió a ver tampoco a su antigua consorte, y sus escasos contactos fueron a través de algún representante legal que se ceñía a informarle por notificaciones bajo la puerta lo puramente procesal de la marcha del litigio. Tampoco el enfrentamiento judicial fue tal, porque no tuvo ni el dinero, ni las ganas de presentar pelea, y se guareció en una abulia que inquietó durante demasiado tiempo a quienes lo conocían.

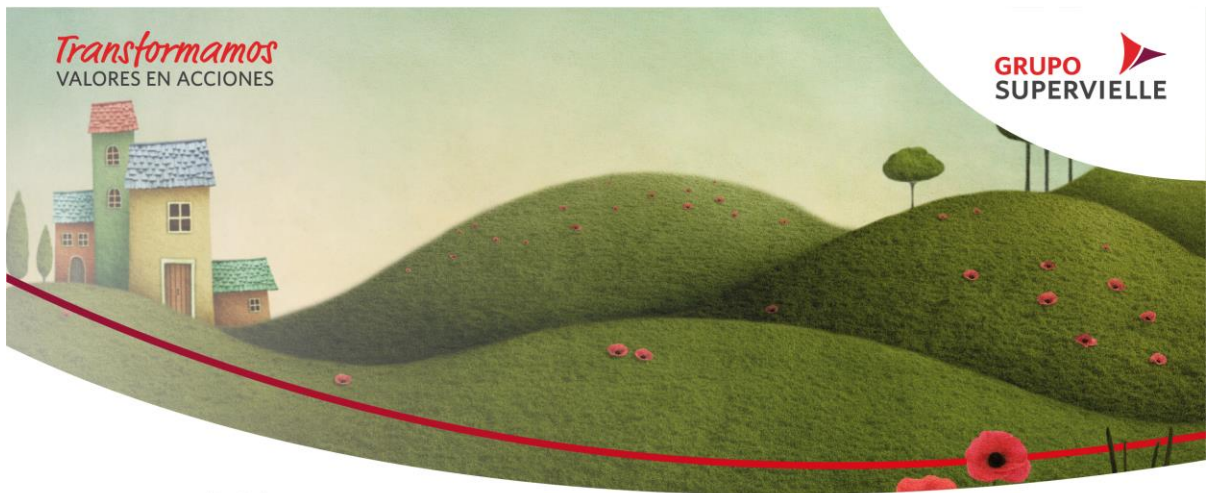


4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Por esos motivos, centró la culpa de sus desventuras en el pasajero, y se ocupó de maldecirlo una y mil veces, malgastó sus insomnios para masticar su encono con razonamientos demasiado finos, y se encontró en las madrugadas de muchos días, desvelado y furioso, y lo que fue peor, con el problema en su alma todavía un poco más grande. Le estorbó muchos años de su vida la excusa del pasajero, y en el proceso, el odio se le fue purificando, se le fue reblandeciendo, hasta que en el fondo del alma, pegoteado como restos requemados en una olla, sólo le quedó el deseo profundo y concreto de verlo muerto.

El día era caluroso pero diáfano, y ante el sobrepaso de otro automóvil acompañado de un sonoro bocinazo, se acordó del largo fin de su desempleo un par de años atrás, y que le refundó la esperanza y que le concedió las vacaciones a sus tormentos, y volvió a sentirse completo. Como hombre y como ciudadano, y volvió a formar parte de las reuniones de amigos y volvió también a interesarse, a pesar de que se había jurado en contrario, en darle una nueva oportunidad al amor. Se dio cuenta que incluso sentía ganas de abandonar el cigarrillo por ejemplo, o de pintar las puertas de su departamento que ya lucía ajado y lúgubre. Y realmente le cambió la vida porque su pequeño departamento de hombre abandonado de sí mismo y desempleado volvió a contar con su propia presencia vital, como si hubiera renacido y que Dios diría si todo iba a seguir bien, y a pesar de aquel nuevo optimismo, no pudo desalojar de su alma el odio reconcentrado con el pasajero ni la vehemencia visceral de desearlo fuera de la vida terrenal.

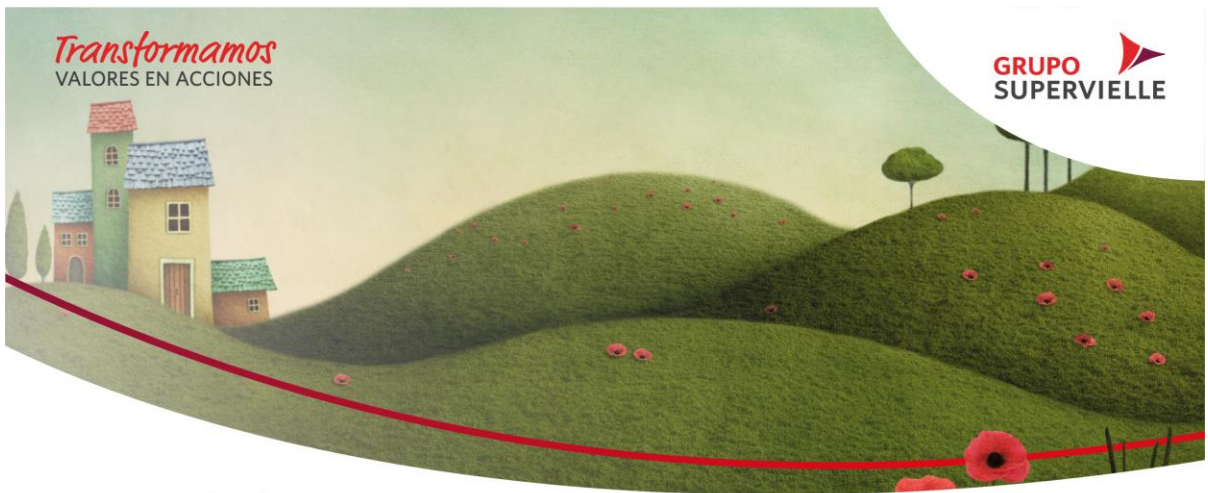
Dobló por la avenida principal de la ciudad, que atesoraba una importante peatonal en su centro, y que era su viejo reducto de trabajo, de cuando era ejecutivo y su zona de influencia era la selva de los cafés y los bancos, de las reparticiones públicas y las Compañías. Justo en ese momento pasaba frente al imponente edificio de la antigua empresa, y, al carajo con el pasajero, y no quiso mirar por el retrovisor para no saber ni enterarse de la actitud de él, y se acordó con fuerza y con los ojos humedecidos, del día que conoció a su esposa, la más bella secretaria de la municipalidad. Había sentido en carne propia la flecha de Cupido con una fuerza desconocida. La herida aquella del amor, a pesar del tiempo, lo volvía a conmovir y lo



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

estacaba a los recuerdos ingratos y le parecía que todo volvía a pasar como una película repetida. Y otra vez sintió el deseo nefasto de la muerte que le convulsionó la conciencia por tantos años.

El pórtico de características colosales, lo hizo fugarse de sus recuerdos, y ante la inminencia del destino del viaje, volvió a mirar al pasajero por el retrovisor, y detuvo el vehículo. Pensó que definitivamente era toda estupidez de su mismo rencor, porque no existía posibilidad alguna de que su enemigo acérrimo lo pudiera reconocer y esa realidad tan incuestionable lo sosegó. Cortó el encendido, puso el freno de mano, se acomodó sin necesidad la holgura del cuello entremetiéndose los dedos por tras la corbata, y seguidamente accionó el mecanismo de la puerta con la palanca y la abrió casi con timidez. Enfrentó el sol implacable con sus gafas oscuras que se acomodó antes de descender y respiró profundo, y el aire fresco a causa de los árboles verdes y el pasto regado y vivificante lo hicieron cerrar los ojos y disfrutarlo, pero nadie advirtió el gesto tras los lentes negros. Cuando bajó, tuvo que moverse lentamente en un ceremonial repetido, y observó sin mirar a la gente que se agolpaba alrededor del vehículo. Caminó cansino los cinco pasos hasta la puerta del pasajero, la abrió para que pudieran descenderlo, con gente atrás de él, a sus costados, queriendo verlo un poco más y antes que nadie, y entre quienes lo recibían reconoció también a su ex esposa. El chofer pensó que qué inútil era apresurarse. Sacó algunas de las coronas y cruces de flores que estorbaban y se quedó con el íntimo convencimiento para sí mismo, de que ya nadie más podría ver al pasajero, porque el ataúd estaba cerrado y soldado y ya no volvería a ser abierto.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

El cuchillo de hoja dorada

Por Teresa Beatriz Vassallo

Magdalena despertó sobresaltada por ese sueño recurrente que la atormentaba. Se acurrucó en la cama, como si aún tuviera que defenderse de la agresión a la que había sido sometida, mientras repetía sin cesar: "Es solo un sueño".

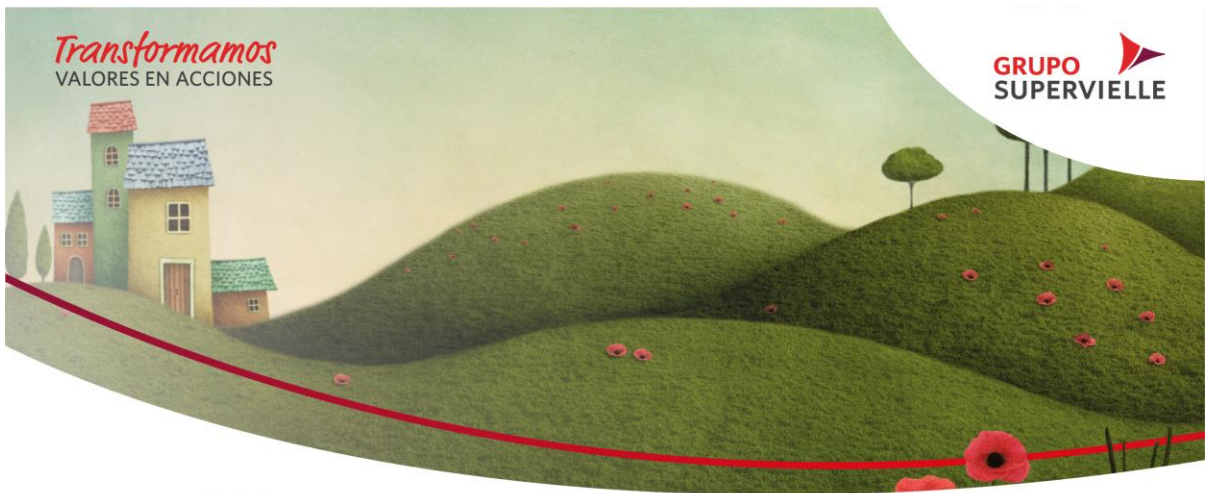
El suplicio había comenzado poco después de contraer matrimonio.

Roberto, aquel joven que la cautivara en la adolescencia, con su sonrisa perfecta y una penetrante mirada color aceituna, el que la mimaba y no se separaba de ella como si fuese su sombra, de pronto no era la misma persona. A raíz de los celos desmedidos la acosaba sin medir las consecuencias para luego mostrarse arrepentido, tratando de justificar sus agresiones en nombre del amor que decía sentir por ella.

Magdalena creía en sus promesas y lo perdonaba, cada vez que arrodillado a sus pies, suplicaba clemencia, prometiendo que no volvería a suceder.

Los primeros índices de violencia habían sido verbales para terminar siendo físicos. Un empujón, un insulto, o la fuerza de la mano apretando su cuello la paralizaban

Mortificada y vulnerable, secaba sus lágrimas sin siquiera alzar la voz, creyendo que su obediencia sería la solución. Pero nada resultaba, mientras más dócil era ella, mayor era la furia de él.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Cansada de tanto maltrato, decidió guardar lo necesario en una mochila esperando el momento en que fuera capaz de tomar coraje y huir.

Una noche en la que él llegó envalentonado y con unas copas de más, lo enfrentó. Después de escupirle en la cara el desprecio que sentía por tanto sufrimiento, manoteó sus escasas pertenencias y sin reparar en la hora, corrió por las calles desiertas presa del pánico. Antes que Roberto pudiera detenerla trepó al primer colectivo que vio y en ese momento, a pesar de la angustia y el llanto contenido, sintió que había dejado atrás ese infierno. Después de andar sin rumbo, decidió refugiarse en la casa de una amiga que estaba al tanto de la situación.

Él, preso por la furia que le provocaba el abandono, diariamente recorría las calles golpeando las puertas de todos los sitios en los que creía poder encontrarla.

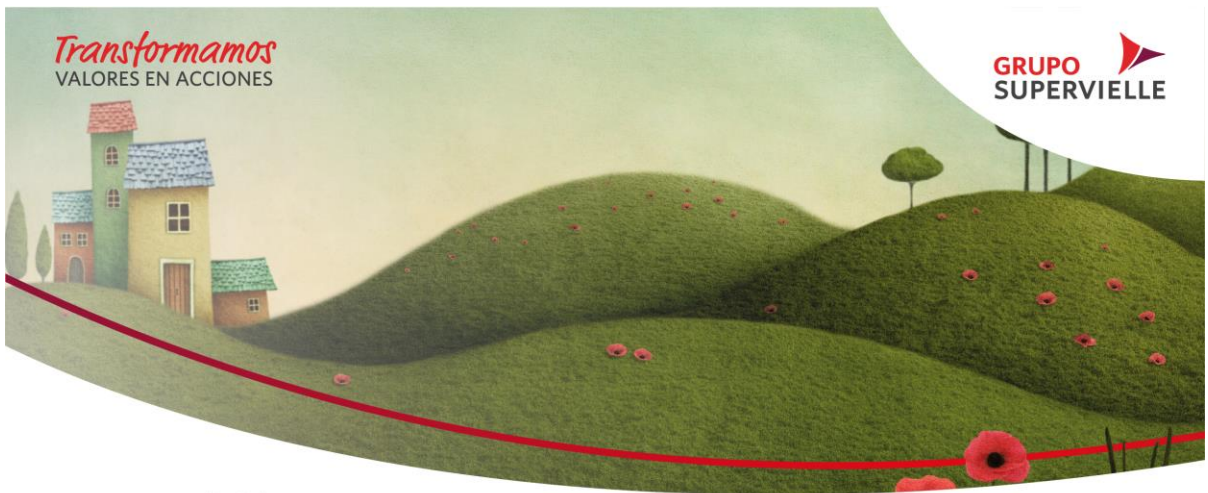
En su demencial búsqueda cierta tarde, creyendo reconocerla, emprendió una loca carrera tratando de darle alcance y en ese alocado intento perdió la vida mientras manejaba su auto fuera de sí, poseído por el odio y el alcohol.

Magdalena, después de cumplir indiferente y fría con los rituales de despedir a su difunto esposo comenzó una nueva etapa.

Sin el más mínimo sentimiento de culpa recuperó el hábito de pasear y divertirse volviendo a los sitios que había dejado de frecuentar por temor.

Empezó a trabajar y a reunirse con sus amistades. Volvió a disfrutar la experiencia de salir a tomar un café, ir al cine o a bailar. Se sentía libre y en paz, convencida de que no tenía nada que reprocharse.

Con el paso del tiempo las viejas heridas fueron sanando y descubrió ilusionada que era posible volver a enamorarse.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Cuando todo parecía perfecto, Roberto regresó en sus sueños. Noche a noche, se repetía la pesadilla en la que, después de entrar por la ventana, la acosaba y amenazaba con un cuchillo de hoja dorada. Despertaba abrumada en el preciso momento que sentía el filo rozando el cuello. Dominada por el miedo se levantaba y después de comprobar que no estaba herida, recorría el departamento para asegurarse de que sólo había sido una nueva alucinación.

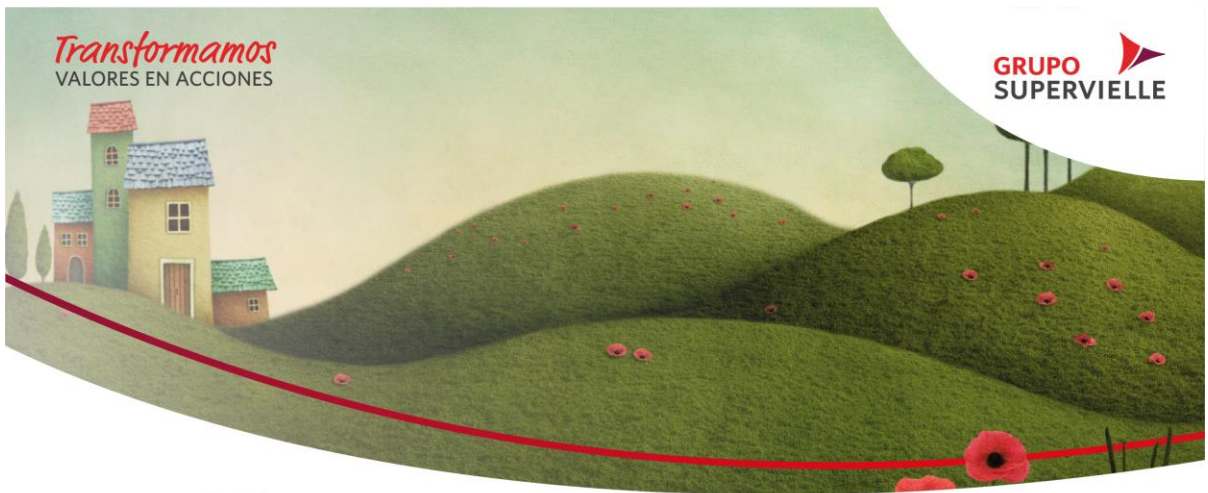
Sus días volvieron a ser un suplicio. Durante el día sentía que la perseguía el fantasma de Roberto y al llegar la noche la invadía el terror, sabiendo que cuando se abandonara al sueño, él aparecería nuevamente a robarle la paz.

“Ni aún después de muerto me va a dejar tranquila”, repetía angustiada.

Aquella mañana, venciendo el pánico que esas experiencias le generaban, se levantó abrumada como todos los días, dispuesta a preparar un café que la ayudara a despejarse.

Al entrar en la cocina, el horror la paralizó.

Incrustado en la mesa de madera, estaba el inconfundible cuchillo de hoja dorada. Instintivamente palpó su cuello y una gota de sangre cayó, manchando el mantel blanco que la cubría.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

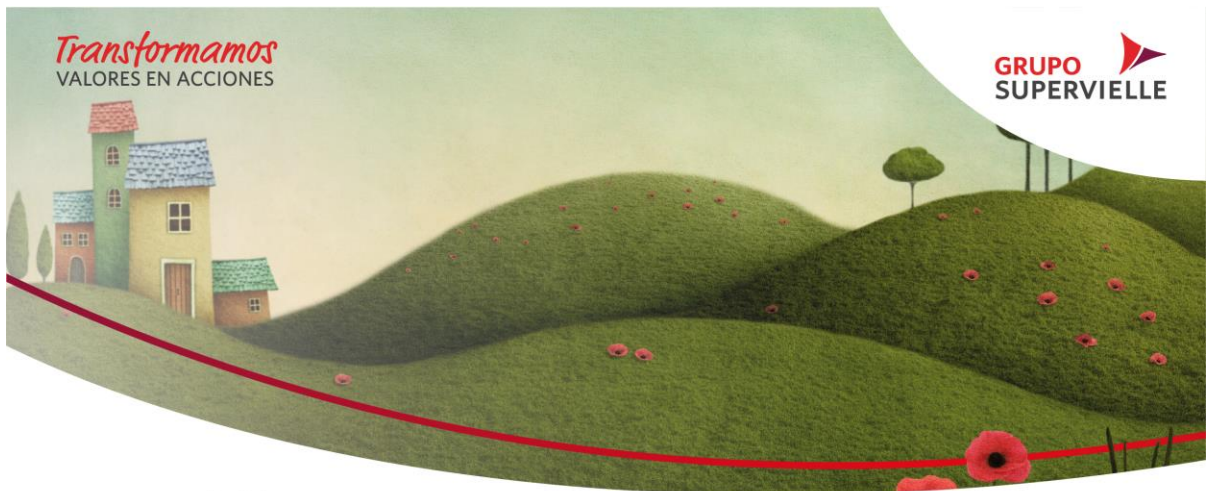
Helado de crema portuguesa

Por Nora Mazziotti

Ella dijo "vayan ustedes, yo las espero acá que corre una linda brisa". Estaba sentada en el banco de mármol del porche. Encima, en la pared, había una pintura del Sagrado Corazón con el manto de un rojo desteñido y una especie de vestido o túnica celeste fuerte. Mi abuela siguió: "a mí tráiganme de crema portuguesa y de dulce de leche. No vayan saltando en el puente. Anden con cuidado. Silvita, cuidala a la nena". La perra, de oírnos correr, se había puesto a ladrar como loca. "A la Pinky tráiganle uno chiquito de frutilla", nos dijo.

Para llegar a la heladería había que pasar la estación y salir por un corredor a la avenida. Empiezo a subir por el puente, por los escalones metálicos. Miro hacia abajo, y veo que el piso se mueve. Justo donde están los tornillos, enormes, las placas de fierro tienen un leve movimiento. En la tierra se ven las vías, los yuyos que crecen entre las piedras, los papeles que el tren levanta cuando pasa.

Todavía no se oye el ruido del tren. Pero ya bajaron la barrera de Roca y suena la campana. Ya viene. Está frenando. Entonces corro. Subo rápido lo que queda de los escalones. Tengo que llegar al otro andén y agarrar el corredor que da a la avenida antes que empiece a bajar la gente. Mi abuela me dice siempre que tengo que cuidarme que no me alcance alguno que bajó del tren, me agarre de un brazo y me meta de prepo en un vagón. "Te pueden llevar", me dijo. "¿Quién?" "Uno que baja del tren, te ve y te mete a la fuerza. Y el tren arranca y te vas, te lleva vaya a saber hasta dónde. Puede bajarte en Núñez, o capaz que en Belgrano y ahí te mete en un colectivo que va hacia Flores. O sino, cuando llegan a Retiro, te lleva a la estación del San Martín, te sube en un

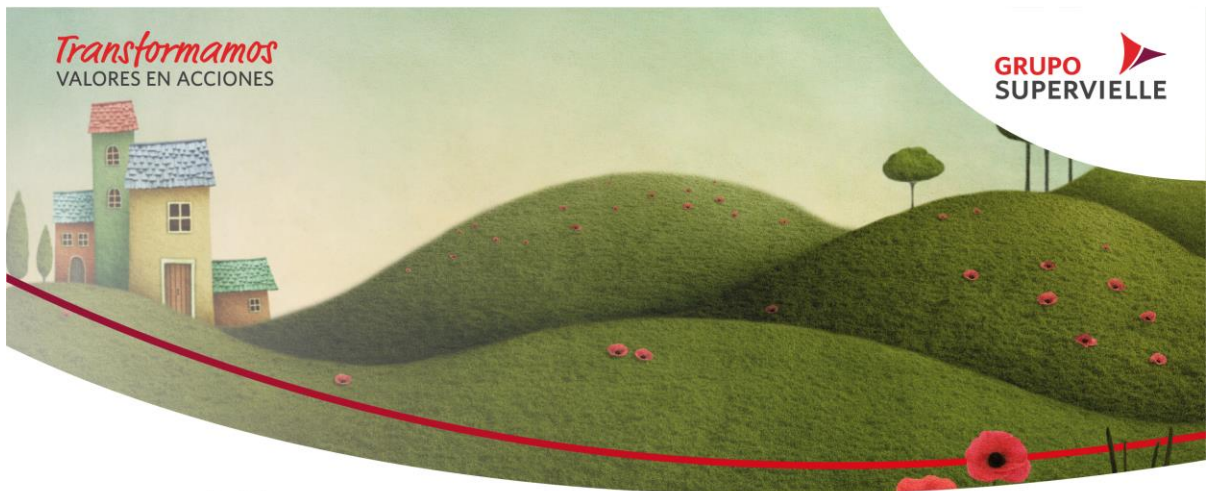


4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

tren que va a San Luis, y ahí no te encuentra nadie. Capaz que te baja en Villa Mercedes, o antes, en Vicuña Mackenna”.

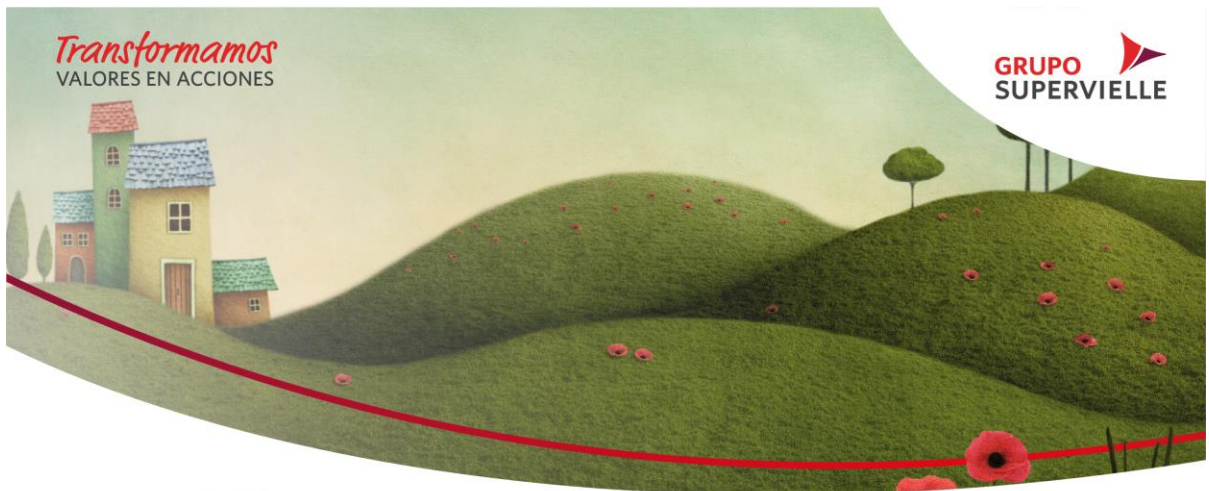
Tengo que llegar a la avenida antes que la gente empiece a salir del tren. Camino con cuidado, me fijo bien los escalones. No tropezar.

Hay un gordo que baja del tren y está mirando hacia el puente, me ve. A ver si me agarra. Tiene un chaleco apretado, de lana. El cinturón como abierto, una camisa celeste sucia de la que le sobresale la panza. Viene hacia mí y de pronto veo una mano ancha, los dedos redondos como salchichas, pero peludos, que me agarra el brazo. Me arde de tanto que me aprieta. Le veo la cara, la boca hinchada, los labios igual que los dedos. Respira y se le mueve la papada, y no me suelta el brazo, no puedo gritar, no tengo tiempo de llamar a mi abuela, que se quedó en el porche esperando que le llevemos el helado. Me sube al tren, el guarda ya tocó el pito y el tren arranca. Y le miro la panza que se mueve entre los botones de la camisa celeste. No me suelta el brazo, tiene los dedos rojos de tanto apretarme. Queda atrás el cartel de Vicente López, de Rivadavia. Pasa Núñez y no me baja, pasa Belgrano y entonces ya no me va a subir a un colectivo y llevarme a Flores. Seguimos en el tren hasta Retiro, no siento el brazo, lo tengo dormido de tanto que me aprieta. Entonces en Retiro capaz que me va a llevar hasta el hall del San Martín y me va a subir en un tren para San Luis, qué voy a hacer si me lleva hasta San Luis. Entonces grito, antes de que me lleve hasta el San Martín, grito en Retiro del Mitre, se oye el eco en el techo de hierro, se sobresaltan las palomas que estaban quietas en las columnas, grito en el hall porque el gordo me obliga a bajar del tren y caminar hacia el San Martín. Me tapa la boca con la otra mano, igual de gorda que la que me aprieta el brazo, pero menos roja, y no puedo gritar. Empiezo a patearlo y no lo dejo caminar, me aprieta el brazo y me respira en el cuello con olor a vino. Y me atraganto con los dedos como salchichas en la boca, quiero decirle que no me lleve a San Luis ni a Villa Mercedes, que mi abuela me está esperando con la Pinky para tomar un helado. Empiezo a toser, me asfixia con esos dedotes y lo quiero morder, pero me trabó la mandíbula y no puedo. Y en eso veo un guarda, viene un guarda de uniforme gris y gorra, muevo el brazo que tengo libre para que me vea, para que se dé cuenta que el gordo me quiere llevar al hall del San Martín y subirme en un tren para San Luis. El



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

guarda se acerca y el gordo le dice que yo le quise robar, que él me llevaba a la oficina por ladrona. Y el guarda dice que me suelte, que me saque la mano de la boca. Me la saca y empiezo a escupir, escupo baba, saliva, me atraganto y las palomas siguen agitadas en los tirantes de Retiro del Mitre. Y entre mocos y toses digo que no, que no robé nada, que él me quiere llevar al San Martín. El guarda camina en el medio, el gordo de un lado y yo del otro, y me agarra, pero suave, del otro brazo, y vamos para la oficina, sigo diciendo que no le robé, y el guarda afloja la mano, casi no siento la presión en ese brazo, aunque el otro todavía me arde y está como dormido. Me doy vuelta y veo en el andén un tren con las puertas abiertas, y en vez de ir a la oficina, me suelto y empiezo a correr en dirección contraria hacia el tren. Tan rápido que me da viento en la cara. Me subo como volando, me duelen además del brazo, la boca y la mandíbula. Apenas llego, se cierran las puertas, el corazón me salta en la boca. El tren sale, arranca, de a poco pasa los hierros de la estación, ojalá que sea el que va para Tigre, sí, tiene que ser, porque los que van a Suárez salen de otros andenes. Pienso si este no será el Estrella del Norte que va para Tucumán, a ver si en vez de que el gordo de las manos como salchichas me lleve a San Luis me voy sola a Tucumán. Todavía el tren anda despacio, me apoyo para descansar y miro para atrás a ver si me sigue el guarda. Cuando se termina el techo de hierro el tren empieza a tomar velocidad, y corro por los vagones, tengo miedo de que el gordo se haya subido. Paso el furgón donde hay un hombre con unos cajones sucios de plumas y de caca, deben tener gallinas, cómo ensucian las gallinas, el gallinero del fondo de casa está lleno de plumas y todo cagado. Mi abuela que me está esperando en el banco del porche con la Pinky siempre rezonga porque las gallinas ensucian todo, cagan los postes, el piso, el galpón de al lado del gallinero. Llego al primer vagón, hay asientos libres, no me quiero sentar sola, ahí hay una señora mayor, debe ser buena, me siento al lado de ella. Le quiero decir, señora, por favor, ayúdeme, un gordo me agarró y me llevó hasta Retiro y me quiso llevar para el San Martín a subirme en un tren a San Luis, mire cómo me dejó el brazo de tanto apretarme. Tengo que ir hasta Vicente López, ahí atrás de la estación, en el porche debajo del Sagrado Corazón me espera mi abuela con la Pinky, nosotras subimos al puente de la estación para comprar helados, a ella uno de crema portuguesa y no me acuerdo qué más, y también para la Pinky, que se quedó ladrando y le gustan de frutilla. El tren tarda demasiado en cada estación, no llegamos nunca, ella debe estar esperando en el banco

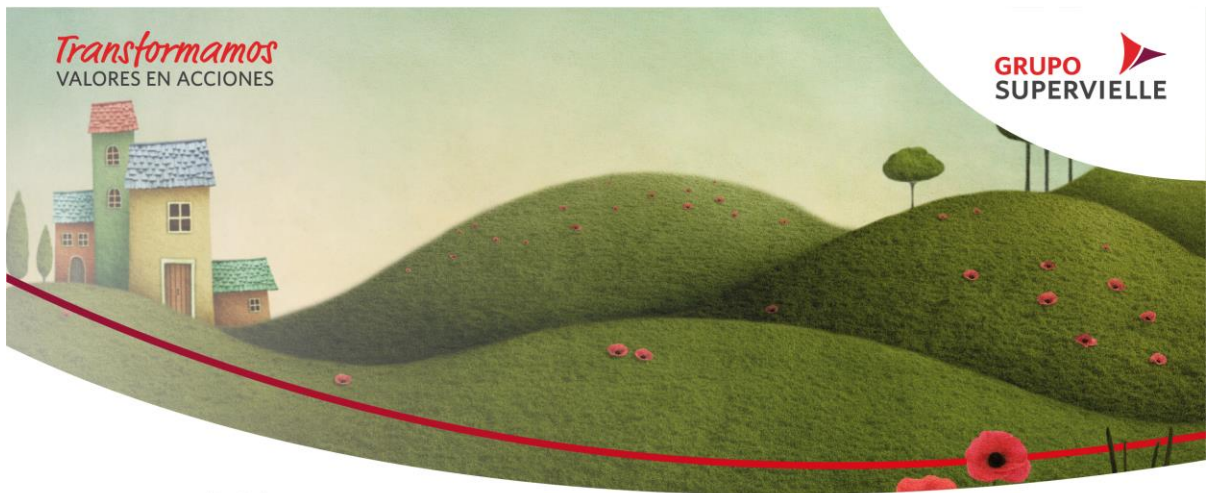


4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

de mármol, dijo que había una linda brisa, y la perra estará todavía ladrando. Y el tren que llega a Vicente López y por suerte puedo bajar, todavía miro para atrás para ver si no me siguió el gordo o el guarda de Retiro. Tengo la respiración entrecortada. Salgo rápido del andén y empiezo a subir el puente, primero la escalera, piso los escalones de fierro que se mueven, todavía se ven los rieles aunque los yuyitos que crecieron entre las piedras casi no se ven. Por suerte no viene ningún tren, así que corro por el puente, bajo por la otra escalera, salgo de la estación hacia la heladería. Ya casi oscureció y en el corredor que da a la avenida se abrieron las damas de noche, violáceas, y huelo el olorcito que viene del río. ¿Se llaman dama de noche o caballero de la noche?

Y veo a Silvita que viene de la heladería y me dice, “qué hacés, te quedaste parada en el puente, siempre te quedás papando moscas esperando que pase un tren. Vamos que es tarde”.

Volvemos corriendo para que no se derritan los helados en el paquete. Mi abuela se pone a comer tranquila el de crema portuguesa, “qué bien que hacen la crema portuguesa en Palomeque”, dice, y yo agarro el vasito con frutilla para la Pinky. Siempre le traemos de frutilla, ella dice que es más sano, que no le hace mal al estómago, porque a los perros hay que cuidarles el estómago. Me siento en el banco de mármol, debajo del Sagrado Corazón, todavía estoy agitada y me duele el brazo. De la estación llega la bocina del Estrella del Norte. Empiezo a darle el helado a la Pinky con una cucharita, me lame la mano, mueve la cola, salta. Cuando ya se lo chupó casi todo, le doy el vasito para que se lo lleve abajo del banco de mármol y lo agarre con sus patitas. “Mirá como le gusta- dice mi abuela- se lo tragó entero. Se le va a helar la garganta”. “¿A los perros también les dará dolor de cabeza cuando toman muy rápido el helado?”- le pregunto.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Finalista:

Un trozo de Chocolate

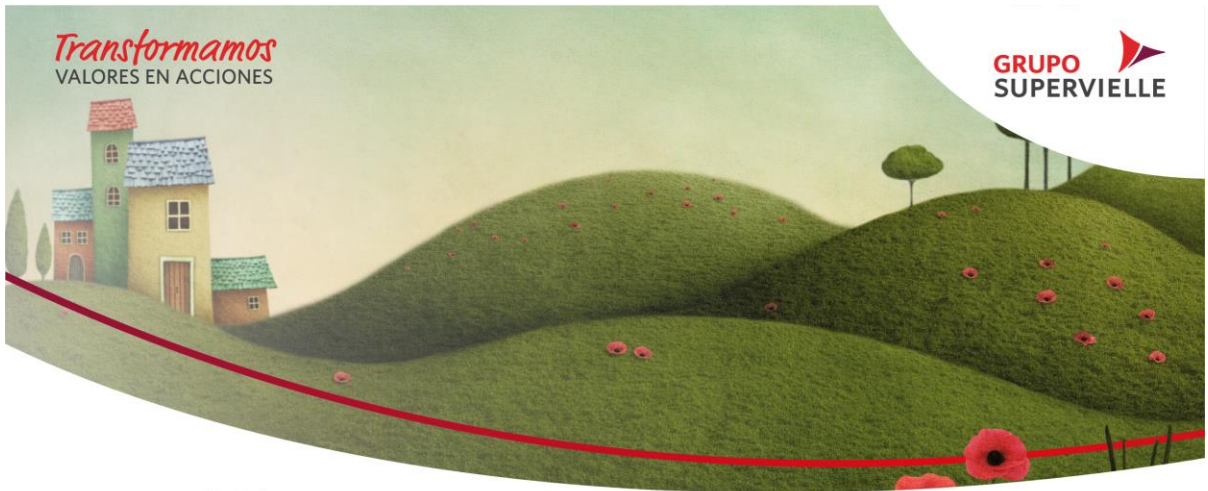
Por Alejandro Javier Príncipe

Cerrada, oscura...

Las nítidas estrellas diseminadas en el firmamento, un aire quieto que se pegaba a las mejillas paspadas desprotegidas por el abrigo, y la humedad del terreno producto del granizo de la tarde anterior, prometían que la noche iba a ser mucho más gélida

Al frente, a unos trescientos metros de distancia, se alzaba una cadena de cerros que se divisaban profusamente por el contorno mucho más oscuros que el cielo

Había que soportar el tiempo que la guardia durase, para luego llegar al pozo a calentarse los huesos sobre un famélico fuego, y en caso de no ser posible la presencia de la llama, acurrucarse sentado en posición fetal, las manos frías colocadas entre las piernas, los codos apretados contra el abdomen para recuperar rápido el calor, apoyándose a la espalda o el hombro de alguien que dormitara confiado de ser cuidado por los custodios.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS



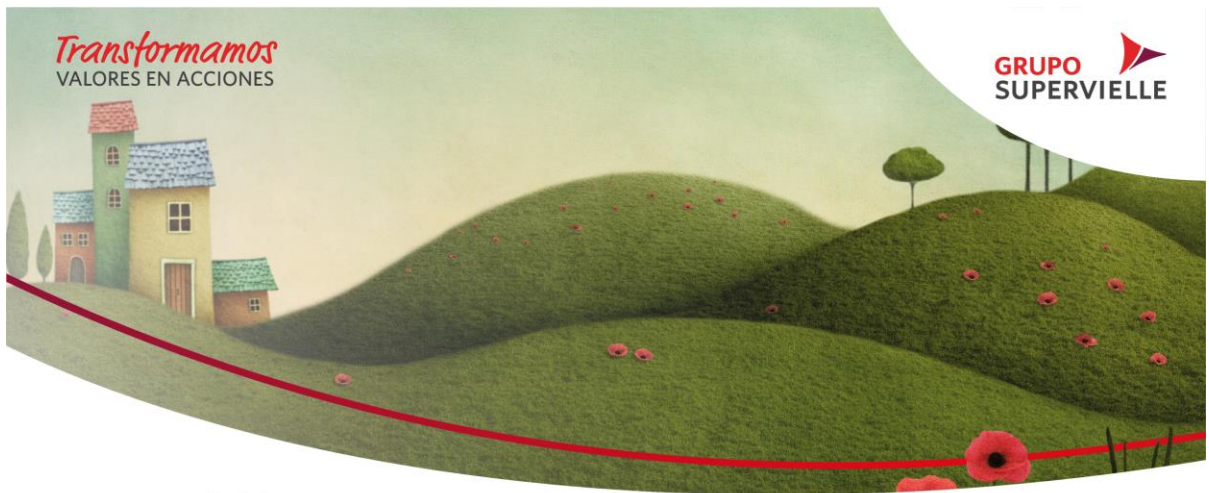
Tres debían cumplir su palabra, su promesa, la orden superior, de no dormirse manteniéndose despiertos, atentos en las sombras, enterrados en posiciones hasta la cintura, sumergidos en un silencio que dejaba escuchar los pasitos apurados de pequeños roedores en busca de migajas. El resto intentaría descansar entre sueños volátiles, sobresaltados, algunos confiados, otros con temor que los guardias se entreguen a los brazos de Hipnos, pues el grupo completo, venía sintiendo el cansancio del hostigamiento de la artillería y la aviación enemiga, desgastándolos durante casi las 24 hs.

Un susurro vuela buscando una oreja... la del Rubén

¿Tenés algo para comer? ¡Convidá egoísta, estamos juntos en esto!

A espaldas del Tano, la pared de un pequeño galpón que se usaba para los primeros auxilios, solo contaban con un par de camillas, otras cosas más para aliviar heridas leves y varios trastos envejecidos, herrumbrados, que se podían usar...

¡Vaya a saber uno, para qué!



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

A la izquierda mirando para el puerto de la isla, el Rubén, para llegar hasta él, había que moverse un par de metros y doblar la esquina del "galponcito" como lo llamaban. Seguramente estaría acurrucado junto a un F.A.P (Fusil Automático Pesado).

Para el otro lado, a la derecha está Satra, custodiando el sector desde donde se divisa durante el día Monte Dos Hermanas.

Y otros susurros...

¡No! ¡No tengo nada, de dónde querés que saque!

¡Dale guacho, escuché el ruido del papelito!

¡Dejá de molestar!, lo guardé para ahora, se lo afané al Teniente hoy cuando bombardearon los aviones, fue el primero en rajar para los pozos

¡Desgraciado, ya vas a venir con una y te voy a pagar con la misma moneda, convida dale!

¡No!

¡Dale!

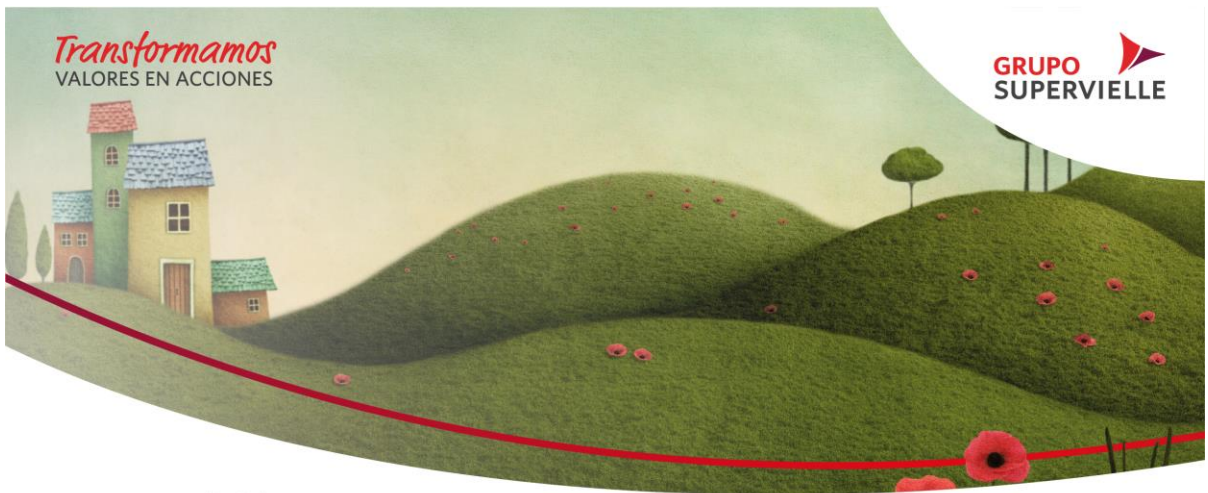
¡No, te dije que no!

¡Ta bien!. ¡Ya vas a caer manso, acordate!

Fijate que Satra esté despierto, no lo oigo

¡No!

¡Basura!



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Un muchacho alto, rubio, con cuerpo de hombretón, torpe, aniñado, más que el común de un chico de 18 años. Dentro del pozo y soportando los bombardeos de los buques, los nervios le hacían reír torpemente, por momentos era ocurrente y gracioso que al fin de cuentas lo convertía en un imbécil simpático, tal su infantil ignorancia, que no tomaba dimensión del lugar donde el destino los había metido, arriesgando su vida y la de sus compañeros a cada minuto.

Eso era el Rubén

Soñaba y anhelaba probar el FAP, un arma que eventualmente no tenían todos. El grupo contaba con una sola a cargo del Maidana, que en ese momento descansaba, siendo el Rubén su reemplazante. Ansioso quería apretar el gatillo y sentir la sensación de poder que el arma genera con cada proyectil 7,65.

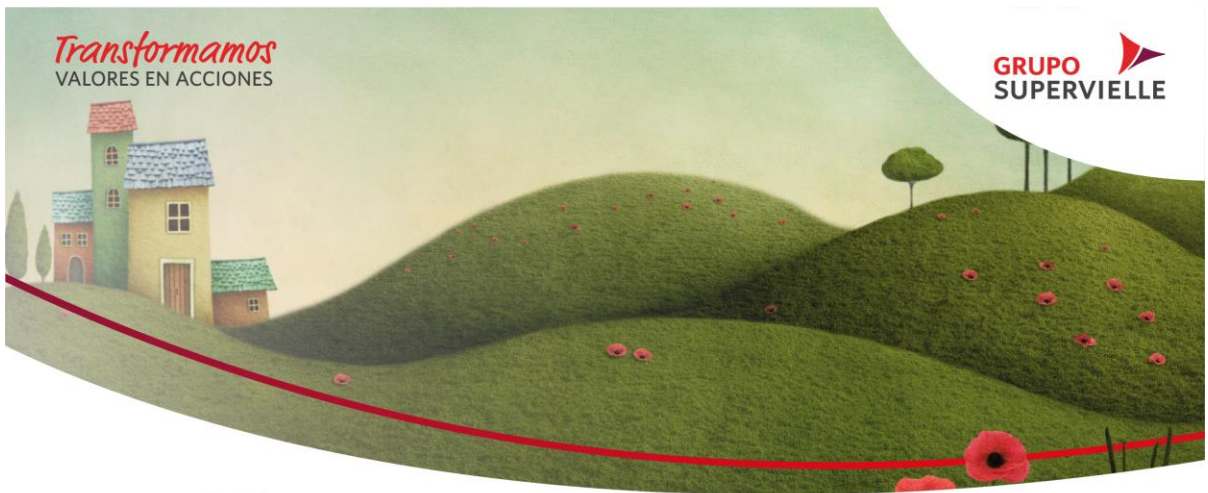
Al principio, cuando nadie creía que una guerra era posible, todos querían empuñar el FAP, es que al hacerlo el cuerpo se erguía automáticamente, los pectorales y los tríceps se hinchan ajustándose a la vestimenta, los abdominales se retraen y el cerebro se invade de una sensación de poder invencible, y estás listo con esa pose, para la mejor foto.

Pero para la realidad nada de eso sirve

¿Aumenta la intensidad de la oscuridad? ¿Será que los ojos están más cansados?

Los párpados pesan, el frío raspa como lija la piel afiebrada de la cara. Con la manga izquierda de su parka, el Tano se seca las gotas de los mocos que ruedan hasta la punta de la nariz, intensificando el ardor de la paspadura.

Las vértebras del cuello, están devastadas de soportar el peso del casco de combate, algunos movimientos circulares ayudan a descontracturarlas; los dedos sucios que se



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

cuelan por debajo de esa chatarra de metal se incrustan nerviosos contra un cuero cabelludo invadido por la picazón; el sueño apura, hostiga, quita la concentración y el entorno se vuelve pesado, cada vez más pesado.

¡No aumenta la intensidad de la oscuridad, es que los ojos están muy cansados!

La cadena de cerros de enfrente es una mole bien demarcada que se diferencia del cielo nocturno. Un cuerpo extraño más oscuro sobre el valle se mueve, se detiene y vuelve a moverse. Tratando de enfocar el objeto, el Tano esfuerza la vista para identificarlo, se detiene, vuelve a moverse.

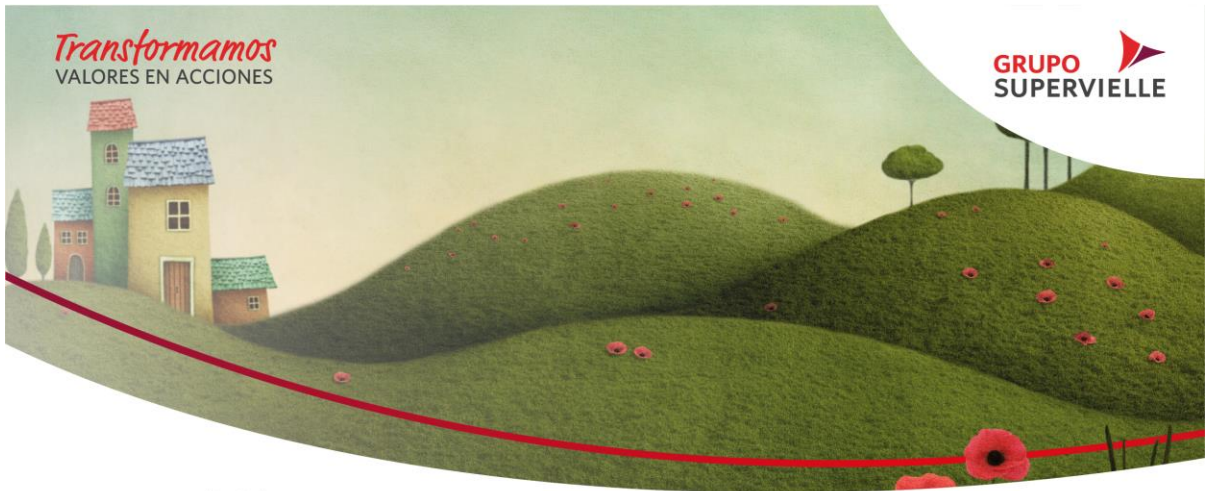
Decide con temor incorporarse y coloca su fusil liviano apuntando, se agazapa observando la zona, para poder detectar ese bulto, pero lo pierde de vista. Tenso por los nervios, respira en forma lenta, el sueño y la pesadez desaparecen con todas las sensaciones de los pómulos y la nariz afiebradas. No puede hallarlo en medio de esa oscuridad, sus ojos sienten la presión del esfuerzo por intentar ver.

Satra... ¿me escuchas?

Satra... Satra

¿Imbécil, me escuchas?

¡Te dormiste tarado!



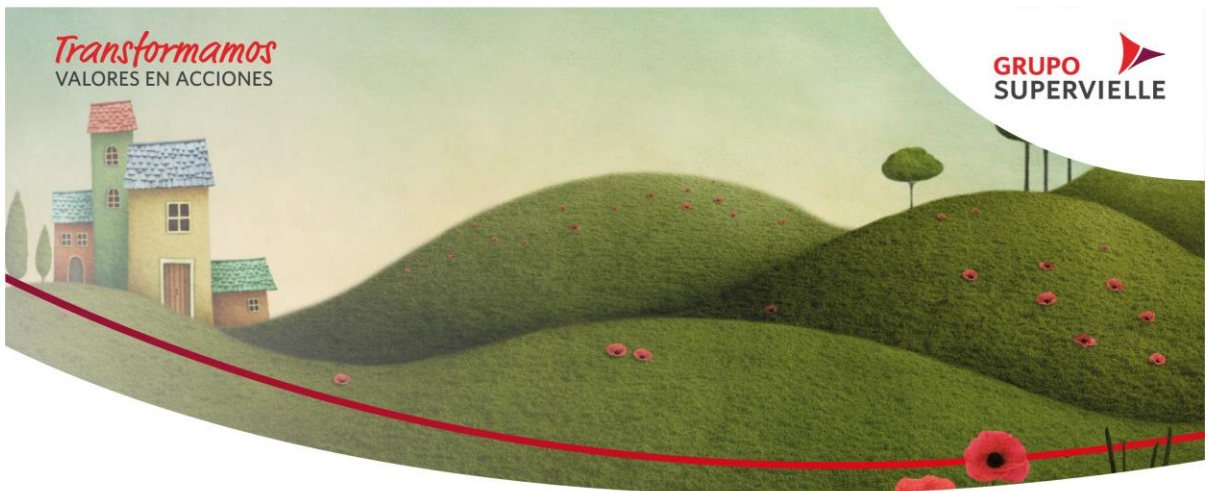
4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

De repente, a su derecha siente unos pasos. Un movimiento brusco, que observa a unos escasos metros de algo que se levanta desde el suelo hasta una altura de dos metros. El Tano pega un salto involuntario hacia atrás golpeando su espalda con la pared del galponcito, apretando simultáneamente y con fuerza el gatillo del fusil.

Ningún disparo se produjo, aunque su dedo índice continuaba aferrado al gatillo, pues el inexperto muchacho, que solo conocía de guerras lo que había aprendido en juegos de niños, empuñando armas de madera o plástico, junto con la adrenalina que produce el temor de encontrarse cara a cara con su enemigo, hicieron que olvidara quitar previamente el seguro que impide que el arma se accione... Y ahí, se enfrentaron los dos, intentando por unos segundos verse los ojos, respirando exaltados y completamente inmóviles invadidos por el mismo pánico.



El pobre animalito, debido a los bombardeos constantes que se producían a diario sobre la isla, no podía pastar tranquilo y en esa noche, calma a altas horas, hociqueaba por la turba buscando pastura, caminaba unos pasos, se detenía y trataba de encontrar algo más para comer, y así lo hizo por todo el valle desplazándose en forma lenta y pausada.



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

Al cabo de ese instante, frente a frente, evaluó que no había peligro, bajó la cabeza hasta el suelo y continuó pastando, avanzando paso a paso hacia la posición del Rubén que todavía no estaba enterado de lo acontecido. Giró a la izquierda realizando un resoplido que se escuchó nítido entre la oscuridad.

...Debería ir a alertar al Rubén (piensa)

...Mejor no, creo que ya se dará cuenta que es el caballo que vimos esta tarde por los alrededores

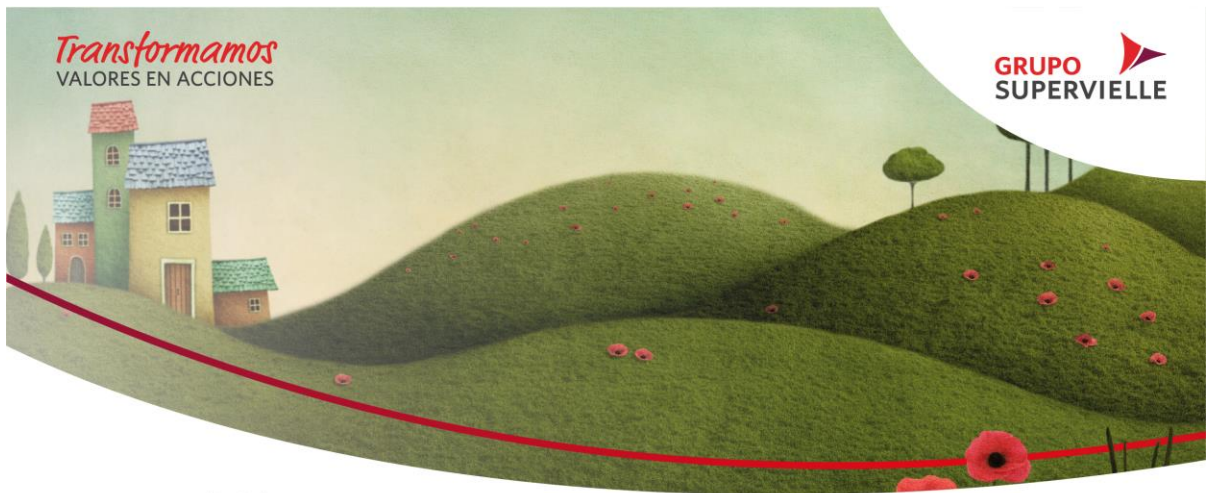
Restaba por ahora calmarse.

Acurrucándose con el fusil en sus brazos, cerró los ojos, tapó su boca y nariz con la solapa de la campera, largó bocanadas de aire caliente sobre su pecho, optó por cerrar sus ojos y poner los oídos en alerta para escuchar los ruidos del silencio de esa noche.

...

El estruendo de los disparos a repetición del FAP tensó sus músculos, de tal manera que con el nuevo sobresalto volvió a estrellar su espalda contra la pared, al tiempo que se escuchó el galope tendido del caballo, que comenzó su huida despavorida hacia el puerto de la isla, encarando a los soldados que cumplían sus guardias, junto a las piezas de artillería a unos 500 metros y que no dudaron en responder con más disparos de sus armas, contra esa mancha oscura que avanzaba a gran velocidad contra ellos.

Los combatientes apostados entre las piedras, en la cadena de cerros de en frente, también hicieron lo suyo, realizando ráfagas a ciegas, generándose un fuego cruzado, que hacía que el caballo recorriera todo el valle en forma desconcertada, siendo un blanco confuso que nadie podía distinguir con claridad



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

¡Es un caballo, es un caballo!

¡No disparen, es un caballo!

Gritar no servía de nada

Los proyectiles silbaban, rebotaban a su alrededor y contra la pared del pequeño galpón destrozando la mampostería

Los de un lado disparaban y recibían contestación de parte de los otros

El Tano volvió a gritar con más fuerza

¡Es un caballo, es un caballo, no disparen!

Pero el estruendo de las armas impedía que lo escucharan

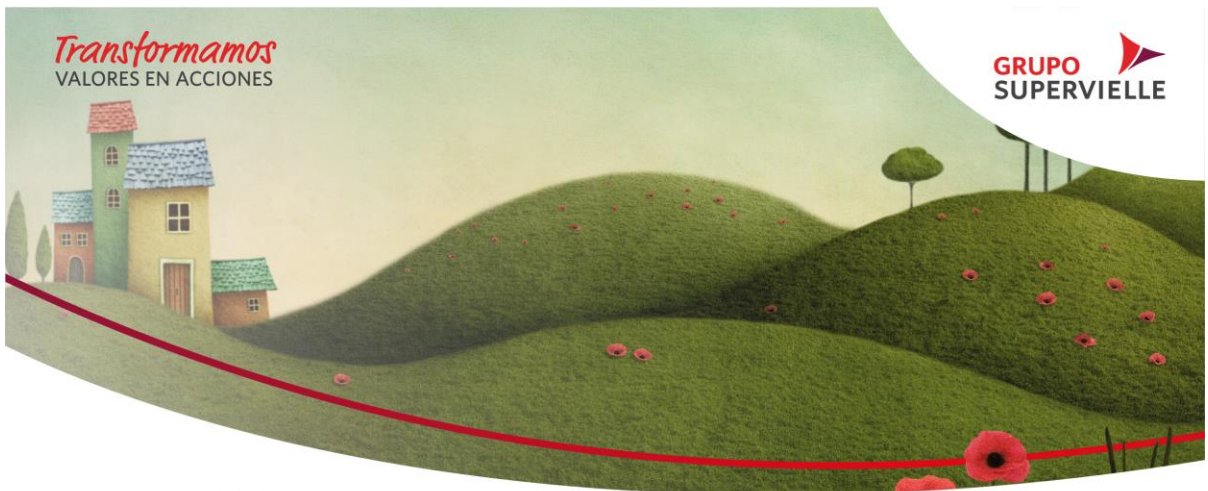
Se tiró al suelo húmedo para protegerse de algún proyectil perdido, murmurando con los dientes apretados hasta el punto de partirlos

¡Mátense todos... manga de estúpidos!

El fuego cruzado duro largo tiempo, más tiempo que el real, es que en estas situaciones los segundos se estiran desafiando cualquier explicación lógica

Calcular la cantidad de proyectiles que surcaron la noche, buscando dar impacto sobre esa mancha que se movía descontrolada y asustada sería imposible. Después del último disparo, que resonó dejando un largo, largo eco, le siguió el silencio y la incertidumbre de cada uno de no saber contra qué se enfrentaron.

Amanece en la isla, apenas una luz tenue basta para empezar a ver como su geografía comienza a dibujarse con tonalidades grises, incorporándose lentamente cada color a



4^{ta} edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

medida que el sol va subiendo, el Tano recorre el lugar con la vista en busca del animal, y ahí lo ve...

Cientos de proyectiles 7,65 mm llovieron sobre ese valle, liberados por manos irresponsables e inexpertas... como las manos del Tano... solo que en su caso, él sabía de qué se trataba esa mancha, de no ser así, tal vez hubiese apretado también el gatillo.

Cientos de proyectiles 7,65 mm liberados, buscando rabiosos entre las piedras y la turba sangre de cualquier tipo... Pero ninguno dio en el blanco.

El caballo seguía al amanecer pastando con movimiento cansino, irónicamente burlándose de todos

Frente al Teniente que con gran malestar indagó sobre quien había realizado el disparo, el Rubén contestó con su risa nerviosa

¡Se me apareció de golpe y me asuste mi Teniente!

Cruzo su mirada con la del Tano, suplicando que mantuviese un silencio cómplice, por su travesura de probar ese potente FAP disparando al aire, pues el castigo iría desde hacer duros ejercicios con pesos en sus hombros, o tal vez que lo estaquearan, y el cuerpo ya no daba para resistir más.

El Teniente en silencio y con gesto desafiante clavó sus ojos a centímetros de los del Rubén que mantuvo su mirada sin vacilar, y optó al fin en creer lo que su infantil soldado había manifestado.

El Rubén, metió la mano en el bolsillo de su parka, y sacando un envoltorio arrugado, que contenía "un trozo de chocolate" que esa fría noche había empezado a comer, dijo extendiendo su mano y con un tono de voz que manifestaba su agradecimiento:

Tomá Tano, lo guardé para vos...